



PUBLICACIONES

DE LA REAL

ACADEMIA DE
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

— XXI —

APUNTES

PARA UNA

IDEOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES

(RUSIA)

POR

D. FRANCISCO SOLER Y PÉREZ

Bibliotecario de la Real Academia de Jurisprudencia
y Legislación

1920

EDITORIAL REUS (S. A.) MADRID

XXI

ESTADOS

UNIDOS

DE AMÉRICA

DEL NOROCCIDENTE

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

XXI

APUNTES

PARA UNA

IDEOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES (RUSIA)

CONFERENCIA

DEL SEÑOR

D. FRANCISCO SOLER Y PÉREZ

Bibliotecario de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

Sesión del día 29 de Mayo de 1920

MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
Cañizares, 3 duplicado
1920

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

XXI

APUNTES

PARA UNA

IDEOLOGÍA DE LAS REVOLUCIONES

(RUSIA)

ES PROPIEDAD

D. FRANCISCO SOLER Y PÉREZ

Expositor de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

Talleres tipográficos EDITORIAL REUS (S. A.)
Ronda de Atocha, 15 duplicado. (403)

SEÑORES.

Nuevamente habéis acrecentado mi obligación para con vosotros al honrarme confiriéndome el cargo de Secretario, que hasta ahora iba unido a altas dotes científicas y personales y a acendrados servicios a la Academia.

Al prescindir, en la presente ocasión, de unos y otros motivos, no habéis obrado, sin embargo, con olvido de vuestro afecto a la Corporación. Más bien, movidos por éste, habéis atendido, para estímulo de la juventud académica, a mostrar que el honor se discierne también a quien, a falta de otros méritos, en la Academia ha vivido con asiduidad, y en su Biblioteca, sus discusiones y trabajos, su ambiente gratisimo, ha formado su constitución espiritual y cultural.

He dudado, y mucho, si debería leer ahora el trabajo que sigue, hecho antes de la elección; temía fundadamente que os indujera al arrepentimiento, si es que cabe en lo que fué otorgado a título de generosidad. Pero he contado para decidirme a la lectura, con que la sinceridad del intento excusará su mediocridad, y he querido que, en todo caso, quede

como testimonio el más patente de mi reconocimiento, y del deseo de brindaros el fruto de mis estudios, de antemano sometido al juicio y consejo de los ilustrados compañeros de Academia.

* * *

Intentamos recoger y expresar (con menos afán crítico que deseo de hacer soportable esta lectura), una confusa impresión de la influencia que haya podido ejercer en la revolución la literatura, y, más propiamente, la novela. Deben precederle unas notas acerca del estado de aquella civilización, porque el influjo de una literatura no puede ser medido en abstracto, sino en relación con las condiciones que, para la receptibilidad de sus ideas y tendencias, tenga el pueblo para que se escribe; claro que esa misma novela suele ser, en muchos casos, la mejor fuente informativa y el reflejo más veraz de una civilización, en tanto se desee dar una sensación viva y escasamente erudita o científica. Percíbese ciertamente mejor, a través de una frase, un personaje, un autor de novela, la vocación, inquietudes, psicología, realidad, lo que sea, de un pueblo, que por los números y cuadros de las estadísticas más veraces, porque éstas tienen toda la exactitud aritmética, pero aún no se ha acertado a convertir en ecuaciones los arduos problemas del complicado espíritu humano y su permanente contradicción.

* * *

«Uno de los más grandes peligros del bolchivismo, ha dicho Labry (1), está en el desconocimiento que le rodea. Es una de esas palabras que, por su sentido indefinido, facilita la aplicación a mil diferentes acciones. De ahí la fuerza que tiene ese vocablo exótico. Atrae a sí, como una luz en la sombra, todas las almas oscurecidas por los desengaños, las decepciones, las amarguras inevitables al salir de una tormenta que ha desequilibrado a los que ha envuelto en el torbellino. Cristalizan alrededor de él, no sólo las exigencias definidas de esta o la otra clase, sino las aspiraciones inconscientes de una renovación social de la que se espera ha de salir más justicia, equidad, bienestar, en fin, una verdadera floración de venturas. Espejismo de todos los mutilados de espíritu y de cuerpo, detrás de él parece esconderse el sistema bienhechor que resolverá el problema de los sufrimientos. Asistimos a la formación, alrededor de la palabra bolchevismo, de una alucinación colectiva, de una mística que arrastra las masas, dejándolas indiferentes respecto de las realidades ocultas tras el dogma.»

Copiosa producción va cuidando de descubrir ante el lector las causas que determinaron el triunfo de la revolución, factores que la prepararon e hicieron posible, y efectos y derroteros que ha seguido aquélla y sus doctrinas y actos. Acaso no se ha medido exactamente el valor de seducción de libros que como diatribas contra el bolchevismo han aparecido: el mal y el sufrimiento es a veces aceptado resignadamente cuando a la vez se venga, con el sufrimiento de otros,

propios agravios; la injusticia encallece el sentimiento y el amor.

De todas suertes, para destruir la sugestión de lo desconocido es laudable todo intento de divulgación, y acaso al trabajo presente suceda otro que llegue al campo y a la choza, necesitada de advertencia casi tanto como de justicia.

Mas no es ese nuestro intento hoy, ni tampoco (aunque ha de sernos inexcusable), el de ofrecer un cuadro de la Rusia prebolchevista. Nuestro propósito, desmedido ciertamente en proporción a la aptitud, es otro.

* * *

Las ideas, las doctrinas, las normas e ideales de la vida, colectiva e individualmente consideradas, cuanto contribuye a la formación del espíritu de un pueblo, es rara vez objeto de atención por aquellos a quienes más puede importar el porvenir. No hablo en nombre ni invocando los egoísmos, sino refiriéndome a los que por su superior educación, por haber alcanzado los medios de dirigir la sociedad, tienen el deber de impedir que siga derroteros de ruina.

En nuestro siglo, el influjo extraordinario de la letra de imprenta aconseja recoger de ella los latidos imprecisos del organismo social, pero también no olvidar que son libros y periódicos, grandes incubadoras de las «ideas fuerzas» y de los actos.

Pide la libertad de conciencia, madre de la imprenta, y en todo caso impone la realidad mientras los censores no reciban inspiración divina, que no pueda

soñarse con una inspección de sanidad para el alimento espiritual; aun admitida esa inspección, no sería más eficaz que los laboratorios del servicio de higiene y sanitario oficiales; será difícil, si no imposible, separar lo nocivo de lo bueno, y aun no preferir lo primero, que se sirve en lo físico y lo moral bajo las más respetables firmas o etiquetas, y, aun apreciada y juzgada debidamente su bondad en abstracto, nadie osaría negar que en unos temperamentos individuales reacciona como dañino lo más puro y sano, y en otros, tórnase en triaca el veneno más activo.

Interesa advertir, para juzgar un movimiento social, el influjo que haya ejercido la literatura del pueblo.

«A los libros—dice Emerson—(ciertos libros, añadiríamos), debemos aquellos beneficios generales que reporta una elevada acción intelectual. Así, por ejemplo, yo opino que los debemos la percepción de la inmortalidad. Además, imprimen una actividad simpática a la fuerza moral. Acompañaos de gente ruin, e insensiblemente tendréis miras bajas respecto de la vida; leed, empero, a Plutarco, y el mundo se os antojará un soberbio palacio, habitado por hombres de positivo valer, y en él os consideraréis rodeados de héroes y semidioses, que no os permitirán dormir.»

Mas algo debería decirse del modo de leer esos libros, de cómo ha de estar dispuesto el lector a recibir su influjo por una continuada educación espiritual que le forme la aptitud para recoger la entraña de

su esotérica enseñanza. Dice Horacio (citado por Ruskin), refiriéndose a la Iliada «Estuve de nuevo
»leyendo esa historia de Troya tranquilamente en
»Prâeneste mientras que tú has estado ocupado en
»Roma; y pienso en verdad que lo que es vil y lo que
»es noble, y lo que es útil e inútil, mejor puede
»aprenderse en ella que en todas las conversaciones
»de Crisipo y Crantor reunidas.» Excelencia didác-
tica de los buenos libros, básicos en literatura uni-
versal, que como ha dicho el gran estético inglés,
son «didácticos en la forma más pura; es decir, indi-
»recta y ocultamente, de suerte que sólo os corrigi-
»rán si os esforzáis vosotros en corregiros; y cuan-
»do seáis corregidos por ellos, será en parte con esa
»aceptación general de su influencia, tan constante
»y sutil, que no os daréis más cuenta de ello que de
»la buena digestión de la comida, y en parte por una
»dádiva de verdad inesperada que sólo encontraréis
»explorándola intrépidamente; que adrede está ence-
»rrada, para que no podáis conseguirla hasta que ha-
»yáis forjado su llave en un horno encendido por vos-
»otros mismos.»

Pero el libro, y especialmente la novela, ha deja-
do de ser privilegio para solaz o estudio de las cla-
ses educadas o afortunadas de la sociedad, de aque-
llas personas preparadas para recoger, sin apasiona-
miento, esa enseñanza secreta. La novela, y el libelo
más aún, se introducen en el hogar humilde, escasa-
mente favorecido con medios para la instrucción y
para formarse un juicio imparcial; la edición econó-
mica que, por afán editorial, cultiva la predisposi-

ción a lo truculento en inteligencias rudimentarias y poco aptas para matices y exquisiteces, lleva al taller y la alquería la novela de bandidos o crímenes, y más adelante la que recoge y reproduce escenas de vidas similares a las suyas, y también las que se adornan con un ambiente exótico de contraste con el medio ambiente del lector, tanto más estimables cuanto más alta sea su intensidad dramática.

En España se ha divulgado entre las masas, antes aún que nuestra propia literatura, la novela rusa. Debe merecer, pues, algún estudio tal producción, ya que no puede ser extraño en estos momentos lo que acuse similitud o relación con la parte de la humanidad a la que ha reservado el Destino la triste misión de campo experimental para el tránsito a una nueva edad.

Como ha dicho un crítico (1) «los lectores ingenuos, los recién llegados al mundo de las ideas, ávidos de dirección, llenos de fe en el poder del genio humano, piden a sus guías intelectuales una doctrina, una razón de vivir, una revelación completa del ideal.» Siempre, además—añadimos—nos sentimos complacidos y nos incita a seguirles conquistando nuestra confianza, cuando pintan nuestras inquietudes, preocupaciones, dolores y miserias, porque ello por sí sólo nos revela nuestra propia personalidad y la importancia de nuestros cuidados, y acredita su interés por nosotros, tanto más si se trasluce en la novela su secreta u ostensible simpatía por los con-

(1) VOGÜE, *Le roman russe*.

fusos anhelos del pueblo y les da corporeidad y forma, y justifica nuestros defectos, o, más valientemente enaltece y ensalza por virtudes el envilecimiento, apenas confesado en el más minucioso examen de conciencia.

Las imaginaciones vírgenes, sensibles, dice Vogüe con frase gráfica, «reciben de golpe la impulsión del libro y no se amortiguan sus efectos—como entre nosotros—sobre una vasta preparación intelectual. Después de leer *Padres e hijos*, *Guerra y Paz*, nosotros decimos: «esto no es más que una novela». Para el mercader de Moscou, el hijo del Pope aldeano, el pequeño propietario del campo, en el estante en que algunos volúmenes de Pouchkine, Gogol y Nevrassof, representan la enciclopedia del espíritu humano, esta novela es uno de los libros de la Biblia nacional.»

I

Folk-lore

Como se ha dicho (1) «la historia de Rusia es la
»colonización de su gran llanura. Los colonos esla-
»vos se mezclaron todos los pueblos que hallaron en
»su camino, hasta las fronteras naturales de esta
»gran llanura. En el Oeste se fusionaron con los li-
»tuanos; en el Sur con los Petcheniégi, los Polovtzy
»y los Khosares; en el Oriente y Norte con las tribus
»finesas.» «El carácter de la cultura creada por esta
»fusión étnica es fácil de definir. El héroe principal
»del Folk-lore ruso es un cultivador. Mikoula-Selia-
»ninovich, un hijo de campesino, al cual su padre da
»la bendición sólo para defensa del pueblo trabaja-
»dor y no para conquistas. Folk-lore democrático en
»su esencia. Sus creadores comprenden la necesidad
»absoluta de un trabajo en común de todas las cla-
»ses. Para el cumplimiento de este empeño, para de-
»fender la tierra natal, se juntan el aristócrata, el
»hijo del sacerdote y el campesino, llamándose recí-

(1) DIONELO, *Nationalité et Culture (La Russie*, número 1.º)

»procamente hermanos, y se reconoce al campesino
»como hermano mayor.»

Pensemos en esto un poco.

Gesta semi-bíblica, semi-social, de un rancio sabor patriarcal, netamente cristiano, más hermandad fruto del sentimiento que fraternidad parto intelectual; epopeya con una remota reminiscencia del índico culto a Sama, la dispensadora de frutos, la fecunda y espléndida Tierra, mirada por el hombre como ensueño de sus amores y satisfacción de sus necesidades, generosa madre, y no como hoy cruel y rapaz, esquilmadora de la vida, galera y esclavitud del hombre, en que la han convertido la injusticia y las prédicas que separan del trabajo al hombre.

Leyenda que pide, para comprenderla y gozarla en nuestro siglo del cine y los automóviles, entornar los ojos y perder la imaginación en el vacío insondable del pasado y su espíritu, más ignoto que el porvenir; desprendidos de mil anhelos y prejuicios contrapuestos y ficticios, ¿no conocerá el hombre de una depurada espiritualidad, que ha perdido el sendero de la verdadera vida, que no es lucha y violencia y ansia insaciable de riquezas y honores? ¿No se acusará, pese a leyes a que atribuimos valor matemático en la economía y sociología, de haber merecido la turbación y desplazamiento que anuncia en orgía de crueldades la revolución presente?

Nos separamos de la literatura rusa. Este poema y la personificación en el campesino, es diáfano para el observador. Por él discurre el amor de los amores del alma rusa, la tierra, absorbiendo la atención de

toda su historia, la preocupación de sus políticos y estadistas, que ha constituido nota saliente de su propia personalidad europea como granero a que se volvían codiciosas miradas en la guerra casi terminada; soberana, la tierra, a sus guardianes dirigen sus endechas conquistadores y reformadores; y al capricho o a las necesidades del labriego se pliega la doctrina comunista, y el árbitro de Rusia transigiendo y protegiendo la propiedad individual del pequeño propietario. Ellos, la tierra rusa y el mísero mujick, tienen en su mano el cetro imperial; él ha de firmar con la llave de sus graneros la sentencia de muerte del régimen bolchevique, como signó la derrota nacional.

Es la tierra—nada descubrimos—la que vivifica y mantiene la humanidad, y, hospitalaria como ningún amor, la recoge después de muerta, y en vida le llama a la razón, inclinando el cuerpo soberbio a continua contemplación y acatamiento a sus leyes y nutre al espíritu, en emblemáticos ritos trascendentes, de sana conformación y alegría en el cumplimiento del deber. Y la tierra es, asiento de las sociedades nacionales y del hogar, que ya casi sólo vive para el yantar, e imperecedero templo donde el egoísmo de la vida ve en su limitación un freno a los desvaríos de la razón; y en ella se alza de su vasta extensión, donde germinan innumerables mundos minúsculos, la oración majestuosa que aclama a Dios, confortante consuelo del dolor y la injusticia, todo prodigalidad, comprensión paternal que consiente los ensayos de la quimera, de cuyo desengaño y peligros surgirán en

definitiva la mayor estimación recíproca de los humanos.

Leyenda rusa que nos ha lanzado el optimismo, como lanzó al pueblo ruso, entre gritos de dolor esperanzado de curación, en pos del reinado de justicia y antes inspira gran parte de su literatura.

La literatura rusa—la novela, que se produce bajo la sugestión de la injusticia—no pierde de vista la tierra rusa; es absorbente, y es natural que lo sea para el ruso, la situación del labriego y también el alma de la tierra que es todo en Rusia; apenas interrumpida por lo que altozanos nos pareciera, es obsesionante inmensidad sin fin, inquietante espacio sin límites que se adueña del espíritu como el ansia en el avaro o en el soberbio, como el mar en el isleño. Y como la tierra no tiene los secretos atormentadores del peligro, no imprime su seducción los caracteres de la temeridad del marino. Es esta, melancólica y germina la mansedumbre. Y cuando existe la esclavitud, se torna en confidente cariñosa y también en enemiga parca o voraz, según acierte o no a separarla de la injusticia que por ella sufre, el que escarba su seno y le entrega sus desvelos y cuidados.

II

Los siervos y la tierra

Refiere un publicista (1), que aun después de la liberación de los siervos, conserváronse largo tiempo, como por ejemplo en las minas del Oural, las costumbres del tiempo en que existía aquel estado social, y es de advertir que la enorme mayoría de los obreros pertenecían a esta clase de siervos. Los campesinos de la Corona, que satisfacían los impuestos en trabajo, ya en las fábricas, ya en las cortas de bosques, en los transportes o en pilotar los barcos, podían ser concedidos a los propietarios que pagaban un impuesto o capitación, y se convertían en «pri-pisnyé» (inscritos), condición ésta inferior a la del siervo, pues que éste sólo presta tres días de trabajo a la semana a su amo, y el *inscrito* cinco y durante toda la vida. Atenuóse en el comienzo del siglo XIX su rigurosa condición, fijándose un salario, que fué elevado, y se fijó también la clase de trabajos exigi-

(1) COURANT, *La Siberia colonia rusa hasta la construcción del Transiberiano*.

ble, limitando el tiempo de servicio anual sólo hasta cobrarse la capitación.

Rusia ofrece en su vasta extensión múltiples aspectos y contradictorias costumbres y derecho. Así, en la Siberia, la colonia rural es distinta que en Rusia, no obstante ser rusos en su mayoría; no existe la comunidad agraria del mir. «En la más grande parte de la Siberia (los Gobiernos de Tobol'sk y de Tomsk, por ejemplo), el campesino tiene derecho a la tierra que cultiva y siembra, a la hierba que ha segado, al cuartel forestal que haya limpiado y protegido del fuego por una zanja; y cuando cesa de usar del dominio del franco (vol naya), adquirido por su trabajo, puede otro apropiárselo de la misma manera. En la Siberia oriental, donde los colonos son más escasos, cada uno puede acotar, usar para pastoreo, segar, cultivar una tierra tan vasta cuanto quiera y en proporción al ganado que meta: estos lotes (Zaimki) son transferibles por herencia, ventas y arrendables libremente. En la misma Rusia, en Olonets, hay algo semejante.» (1).

Entre otras muchas variedades de costumbres jurídicas señalo éstas, por que si de ligero puede considerarse como realización de la doctrina «la tierra para el cultivador», se ve, a poco que se observe, que esto no ocurre sino donde la tierra virgen excede al número de pobladores aptos para cultivarla, y como estímulo para poblar aquel territorio, y en todo caso síguese, de la incorporación del trabajo del hombre a

(1) COURANT, ob. cit.

la tierra, el derecho a enajenarla y a transmitirla por sucesión, y este es el origen de la propiedad individual.

El segundo sistema o zaimka, va siendo sustituido por el vol'naya y éste por el mir, dice el autor citado. Más es bien cierto que el empeño colonizador de Siberia siguió diversos caminos para el establecimiento de familias campesinas; y ya son los lotes vendidos, arrendados o cedidos en enfiteusis a los colonos para su cultivo.

La falta de un criterio acertado, lo que fuera, determinó, al presentarse conjuntamente el problema circunstancial de la emancipación de los siervos, que afluyeran verdaderas emigraciones en masa al otro lado del Ural, como a tierra de promisión, y que la falta de organización previsoras impidiera su asentimiento. Lanzados, pues, al azar, ya regresaron a sus hogares deshechos los descentrados emigrantes, ya desparramándose por el Imperio, llevaron doquiera el descorazonamiento más demoledor.

Se ha dado explicación, por Marchand (1), del tránsito al mir; remitimos a él a quien quiera conocer las causas de este socialismo de la tierra, que basándose en un antecedente histórico cierto, adquiere un mayor auge, según él, de un impulso artificial y peligroso.

Comunidad fuertemente organizada (donde la individualidad es atrofiada, como lo es también la fa-

(1) RENÉ MARCHAND. *Les grands problemes de la politique interieure russe.*

milia, y en la que hasta para salir de aquélla se requiere el consentimiento de los demás) que perdura, por un error político, al emancipar los siervos en 1861, ya que al dar coetaneamente las tierras señoriales y de la Corona a éstos, se les dió en comunidad. Éstos, los pueblos, recibieron en venta las tierras en proporción al número de *fuegos*.

Pero cualquiera que sea la consideración que merezca el problema de esta institución, lo que nos importa es cómo reaccionó contra ella la intelectualidad rusa y cuáles fueron sus efectos, no en el derecho, sino para la formación de un estado de conciencia nacional y más aun en los grandes directores del sentimiento popular. Píntalo magistralmente en notas autobiográficas, Turguenef: «Esta existencia, este medio y en particular la esfera a la que yo pertenecía, la esfera de los propietarios rústicos y de la servidumbre, no me ofrecía nada que pudiera retenerme. Al contrario: casi todo lo que yo veía a mi alrededor me despertaba un sentimiento de inquietud y de protesta, de disgusto. Yo no podía vacilar. Había de someterme, caminar tranquilamente sobre la ruta trillada, o bien desgajarme de un solo golpe, rechazar todo y todos aún a peligro de perder para mí cosas muy queridas. Este fué el partido que tomé. Precipité mi mente en el «mar alemán» que debía purificarme y regenerarme y cuando salí de sus aguas me he hecho un «Occidental», lo que todavía soy. No podía respirar el mismo aire, vivir frente a lo que aborrecía, no tenía para ello aun bastante dominio de mi mismo, fuerza de carácter. Me hacía falta alejar-

me de mi enemigo para lanzarle de lejos dardos seguros. A mis ojos este enemigo tenía una figura determinada, llevaba un nombre conocido: mi enemigo era el derecho de servidumbre. En este nombre comprendía y amalgamaba todo aquello contra lo que había resuelto luchar hasta el fin, con lo que había jurado no hacer la paz jamás. Este era mi juramento de Aníbal y yo no era el solo que lo había hecho entonces. Partí a Occidente para mejor cumplir mi juramento.»

Dato autobiográfico de un gran valor psicológico para medir la justicia del empeño y para, recordando la crudeza y crueldad de la persecución de que fuera objeto tal utilísimo intento, no achacar, a los que habían de contender con esa represión, el hecho de que a las veces fuera desproporcionado, por excesivo, su afán revolucionario.

La esclavitud, primero; el despotismo político en todo momento, y la angustiosa situación del campesino y el obrero, fueron motivo bastante para que la revolución rusa sobrepasara los límites de un movimiento político, y así puede decirse con justeza que la adopción del socialismo como programa de esa revolución, no tiene el valor de triunfo de tal doctrina; menos aún puede decirse que esta doctrina sea una e igual, pues a través de sus literatos sólo se aprecia un vago sentimiento de justicia reparadora, y en modo alguno la aspiración al triunfo de una concepción social. «En la revolución rusa, se ha dicho, el socialismo no aparece como una teoría social o como un programa maduramente elaborado, sino como una bandera o emblema, como un cierto prototipo, me-

dida de las reivindicaciones sociales y políticas más generalizadas.» Y hay poderosas consideraciones para entenderlo así. «En ética el ruso no admite sino la pura equidad y la justicia absoluta (así sucede, es cierto, en toda infancia de la inteligencia): el derecho relativo le deja indiferente. El socialismo, cuya propaganda ha podido intensificarse merced a la revolución, conviene por esto exactamente a la mentalidad rusa. Pretendiendo representar la plena verdad social y dar las reglas definitivas de la vida social, el socialismo descuida al mismo tiempo el espíritu del derecho y cierra fácilmente los ojos sobre las exigencias de la vida real» (1).

* * *

Rusia tiene precedentes de levantamientos campesinos; ¿dónde no? La emancipación de los siervos, verdadera manumisión colectiva en 1861, planteó hondos problemas: el aumento del número de los que habían de subvenir por sí mismos a las más inmediatas necesidades, al pasar de mantenidos por el señor, a hombres libres; la conmoción del tránsito y otros factores conjuntos ocasionaron los levantamientos de campesinos en la región del Volga, y en San Petersburgo, Kiew y Kharkov. Grupos de incendiarios con bombas aparecen, y ve la luz *Le Jour*, de Aksakof, y *Le Temps*, de Dotoiewsky, de liberalismo radical, y una profusa producción netamente revolucionaria.

(1) KLUTCHNIKOFF, ob. cit.

Muerto Nicolás I y lanzado por Herzen el célebre emplazamiento «Ahora o nunca», abrióse a la esperanza el liberalismo, repitiendo versos de Nekrasov:

Cállate, Musa de la venganza y del dolor,
no quiero ya turbar el sueño ajeno:
hemos maldecido bastante.

«El ruso — se ha dicho — es demócrata por esencia, y en las relaciones entre nobles y villanos no se veía éste espíritu feudal que caracteriza, por ejemplo, las relaciones entre señores y lugareños polacos. Con todo, sus privilegios, su riqueza territorial, fabulosa en algunos grandes propietarios de mayorazgos, constituirían un anacronismo de cuya iniquidad se percataba el mujik, no obstante su ignorancia.»

«Por esto, aun no sintiendo odio, propiamente hablando, contra los descendientes de sus *bayardos*, lo primero que hizo el pueblo de los campos, en la revolución de 1905, fué incendiar y saquear los dominios señoriales (1).

* * *

Y en este punto, volvamos al mir, cuyo conocimiento ha sido difundido entre nosotros por Azcárate, Altamira, Costa y otros. Plantea esta institución en el campo del Derecho y en el de la Economía, problemas que hacen no pueda ser estudiado de ligero aquella forma de propiedad, ante la que surge en nosotros una hondad vacilación, pues que solici-

(1) CH. RIVET. *El último Romanof*.

tan ya el aplauso, ya la censura, sus efectos en la realidad — que quizás sea debida a defectos subsanables —.

Su proporcionalidad en el reparto de los rendimientos, a la población, tanto a la población labradora presente como a las que le sucedan, es lo que le da un carácter de permanencia a la solución del problema social de que no puede jactarse ninguna otra institución; mas su fundamento en la solidaridad y cooperación, su oposición al estímulo y a la aptitud individual, presentan con otros aspectos tal contraposición de excelencias y desventajas que se pierde el espíritu que sinceramente y sin vacilación quiera acertar, al advertir que no es ciertamente la solución colectivista remedio entero — al menos en los hechos y prédicas conocidas — contra la desigualdad.

Nosotros hubimos algo semejante en la Reconquista, sino en cuanto a la periodicidad de repartos, es decir, dando las tierras para el aprovechamiento en varios años y cambiando las suertes, sí, haciendo repartos para la colonización de lo reconquistado por el sistema de que hemos estudiado en otra ocasión, y por ello no nos detenemos hoy, bien a nuestro pesar, en esta singular semejanza de reparto de tierras (1). El mismo nombre ruso *Kon*, ¿tendrá alguna relación familiar — además de la meramente eufónica — con el *Quiñon* castellano? Quede brindado este acertijo a los filólogos y su relación con el *Gewaune* alemán; como pueden tenerla a grandes

(1) KOVALEWSKY. *Regime economique de la Russie.*

distancias con la *deciatina* (diez) y el *osmik* (ocho), la *veintena* y las *sesmas* de nuestros fueros y cartas pueblas.

Volviendo al mir: El reparto de tierras es proporcionado al número de individuos de la familia (bocas), fórmula que, sin embargo, no es garantía de beneficio proporcionado (porque a veces aquéllas no guardan relación con el número de individuos útiles para el trabajo, y éste resulta más caro y en merma del provecho) y que ha sido adoptada y dejada alternativamente por la del reparto por cabezas de familia.

Queden a un lado los impuestos y capitaciones que gravitaban sobre el campesino del mir para el Estado y para el señor, por pago de servicios personales y por derechos reales adquiridos—lo vimos el año anterior—, y de cuyos datos resulta quedó absorbida su utilidad en los veinticinco primeros años de la emancipación por las cargas que ha de levantar.

Remitimos, para quien desee un estudio detenido del mir, a las obras citadas, entre otras muchas dignas de atención.

Nuestro propósito es otro. Nada rechaza la propiedad comunal—que no es el colectivismo—, en nuestro concepto, por lo que al progreso agrícola se refiere, siempre que se proceda con solidaridad efectiva y ayuda de la técnica; pero el mir ha sido, por un conjunto de circunstancias de su régimen, y otras inevitables, un fermento revolucionario.

La tierra en el mir, como en la propiedad más dividida de la Tierra, para satisfacer las necesidades

de la población con holgura, requiere, o que ésta no crezca extraordinariamente, o que se desarrolle parejamente la industria para recoger el excedente de población que aquélla no puede mantener ni aun con el mejoramiento de su producción por un progreso racional en los modos de cultivo. Francia es caso de lo primero: su ejemplo no puede serlo para nosotros, y es de desear no lo sea; la excelencia de su régimen agrario no lo es por sí mismo, sino por el malthusianismo. Aún, donde la industria está desarrollada y absorbe la población excedente, queda la parte afectiva, el amor al terruño; y también se produce una competencia de obreros cuando este crecimiento industrial es muy rápido y resulta en daño del campo. Ese desarrollo industrial se ha dado en unas regiones rusas y ha determinado éxodos formidables; y allí —como aquí— el Fisco (en el procedimiento de apremio) es el desarraigador por excelencia de la clase rural modesta, en concurrencia con la falta de previsión ante el riesgo y la muerte. Todo esto son los factores que hacen que vayan las tierras a los «ogros del mir». Allí está perfeccionado nuestro sistema de cupo contributivo, con la responsabilidad colectiva en materia de impuestos, y huye el campesino, cediendo antes su lote al vecino enriquecido.

Dedúcese de este estudio algunas conclusiones que merecen ser expuestas a la controversia, por lo que su ejemplaridad importa para todos.

Podían concretarse así: el movimiento emancipatorio iniciado por móviles de dignificación humana y justicia, fué recogido por el poder como medio polí-

tico y desviado a otras finalidades por la clase dominante, tales como el saneamiento de la fortuna de la nobleza propietaria y liberación de cargas de la propiedad a costa del Estado. Olvidóse, a lo que se ve, el aspecto económico en la liberación y la consecuencia que leyes de este orden imponían a obra de tal transcendencia, con lo que se creó un mayor número de proletarios, se dejó sin empleo en la tierra gentes que antes, por lo menos, subsistían de ella o por razón de ella, hasta en la esclavitud; y en gran parte se convirtieron éstas no más que en colonato; pero un colonato de análogos caracteres al anterior estado, al régimen de servidumbre. Se desarraigó una clase nobiliaria y ancestralmente propietaria de la tierra, sustituyéndose por una de nuevos ricos, provenientes del comercio y otras empresas, que aportaron a la tierra el descarnado sentido mercantil y el imperio de las leyes económicas, en lugar del espíritu semipatriarcal, que la tradición y hábitos distintos mantienen en las casas de labor de abolengo, en el que—salvo excepciones—atenúa el espíritu de lucro cierto sentido inconcreto de magistratura espiritual.

«Ha habido—dice Marchand—una época en que los campesinos disponían de sus tierras realmente en plena propiedad, las hipotecaban y enajenaban y aun hasta cuando estas parcelas venían a ser, por venta u otra causa, propiedad de conventos o señores, los campesinos continuaban disponiendo de ellas sin pedir autorización alguna al nuevo propietario.»

Hay puntos y cuestiones del derecho de costumbre que no pueden apreciarse a la vista del derecho,

algo así como en las relaciones de familia, que el derecho legal está atenuado por la costumbre, mucho más eficaz regulador que aquél, en todo caso en que no se plantee el examen de derechos y sus fundamentos por los interesados. Todo ello produjo un considerable descontento, por sus propios directos efectos y por el efecto moral de desilusión que significa el fracaso de un intento de solucionar el más arduo problema social y el de mayor importancia en Rusia.

A gran distancia y actuando en concurso con otras medidas, de algunas de las cuales ya me ocupé en la Conferencia del año pasado, es este problema de la tierra, tan infaustamente abordado, uno de los que más predisponían a Rusia para que prendiera la revolución. Cuando existe un problema vivo, hondo, perturbador de la vida nacional, retardador o dique de un progreso para el que se siente dispuesta aquélla, no cabe demorar su planteamiento y resolución; pero es más suicida el intento de resolverlo sin meditado estudio, con prejuicios o habilidades que conduzcan a desviarlo o atenuarlo.

III

La cultura rusa

«En Rusia—dice Rivet—el progreso moderno se ha sobrepuesto sin transición a las costumbres medioevales: el siglo XX cabalgaba sobre el XV. La Edad media se revelaba a cada paso en las instituciones que legó el Tsarismo» (1).

Es evidentemente cierta esta observación. Rusia ha hecho dos revoluciones en una y de ahí su complicado proceso. Ha tenido que derrocar un régimen feudal, y, apenas vencido éste, se ha encontrado con una cruenta revolución espiritual y material en el orden social.

La rápida sucesión de este doble proceso, la precipitación de uno sobre otro avance, no es imputable sólo a condiciones del pueblo ruso, ni tampoco a la guerra. Dada la facilidad de comunicación espiritual del siglo, no es para sorprender que los pueblos pasen de la tea a la luz eléctrica.

Pero si algún factor ha ayudado decisivamente, es su literatura; vehículo acelerado del progreso de las

(1) CH. RIVET, ob. cit.

ideas, como que se conducen por la seductora atracción del arte y la imaginación. «Las ideas humanitarias que flotan sobre el confuso torrente del nacionalismo de los pueblos sobre que ejerce Rusia su hegemonía, son suscitadas por la literatura rusa» (1).

Dioneo atribuye estas conquistas pacíficas de otros pueblos por la cultura rusa, por la raza propiamente rusa (que llega a las más remotas regiones de su imperio, habitados por razas tan extrañas entre sí) a la condición democrática y humanizada de su literatura, a cuya creación han contribuido todas las clases sociales: aristócratas, como los Príncipes Odoievsky, Kropotkin, el Conde Tolstoy, como los Nobles Pouchkin, Lermontov, Turguenef, Neskrasoff, Pisemsky, Dostoievsky, Saltyzof, etc., y muchos otros que no pertenecen a clases dominantes. Y de diversas razas, como los grandes rusos Pouchkin y Turguenef, pequeños rusos como Gogol y Korolenko, blancos rusos, semirusos, poloneses, semialemanes, como Herzen, armenios y judíos, y hasta las razas atrasadas del Asia han producido sabios y literarios.

Así se explica, efectivamente, que haya penetrado por el conducto de su literatura una cultura indudablemente superior pues que acertó a encauzar el sentimiento de pueblo tan heterogéneo.

Lo que resulta inexplicable, si no es un reconocimiento de lo extraordinario de este influjo literario, es cómo ha podido la dictadura bolchevique intentar el régimen de la tiranía más absoluta en cuanto res-

(1) DIONE0, ob. cit.

pecta a la tan traída y llevada, como maltratada, libertad de enseñanza e imprenta, a la que debe tanta parte de su triunfo. Demostración es esta de su escasa fe en el valor de sus ideas.

«Hay que atraer al nuevo régimen,—dicen los reformadores—la anterior cultura, pero revisándola al propio tiempo desde el punto de vista marxista, someténdola a la crítica de partido más severo, y, después de haberla convertido en un arma, construir la nueva cultura del proletariado. Esa cultura debe ser creada por la nueva vía comunista, según los procedimientos aplicados a la industria, por la colaboración amistosa de la comunidad entera.» Creada la Prolet Kult, con análoga profusa exuberancia de *negociados*, que entre nosotros, disputa ésta con el Comisariado de Instrucción pública, a quien incumbe la traza de esa cultura que ha de venir, como el Poder y el Gobierno, de abajo a arriba. No se podía sospechar hasta hoy que la superioridad intelectual fuera también cuestión de sufragio, y sufragio de clase.

Recházase el trabajo creador del individuo como supervivencia burguesa.

La «Conferencia de las Sociedades de cultura e instrucción» de Moscou (Febrero de 1918) fijó el programa de la ciencia de la clase obrera. Este programa, de Bogdanov, plantea la necesidad de «Revisar la ciencia desde el punto de vista proletario, no sólo en cuanto al contenido sino en cuanto a la forma de exposición.» Así, por ejemplo, la Astronomía debe ser, «el estudio de la orientación de los esfuerzos del trabajo en el espacio y en el tiempo»; la Física, «la

ciencia de las resistencias a las que se opone el trabajo colectivo del hombre»; la Fisiología, «la ciencia de la fuerza del obrero»; y hasta la Lógica (raro es no la hayan suprimido por antirevolucionaria), «la teoría del acuerdo social de las ideas de organización y de los instrumentos de trabajo.»

Sin comentarios, y no porque no se preste a las más jocosas consideraciones.

La declaración—programa de Lounatcharski, dedicada a salvar a Europa occidental de su presente estado, ha sentado esta afirmación que equivale a un descubrimiento: «El proletariado posee, antes que todo, en el marxismo, cuanto es esencial; el estudio de los fenómenos sociales, base de la Sociología, de la Economía política, fundamento de clase de una concepción filosófica de la existencia.» Es como vemos algo más que todo eso, con ser de monta. Posee además el acierto de reducir el estudio de las leyes del mundo sideral íntegro y de sus más ínfimos movimientos y alejados mundos, a mera relación de los esfuerzos del trabajo con el espacio y el tiempo.

¡Manes de Draper!: ¿qué de conflictos e iniquidades no perpretará esta oposición de Lenin y la ciencia?

Es el reinado transitorio de la sombra, destruyendo la nobilísima llama del saber.

Este sistema bolchevique tiene un precedente igualmente respetuoso con la Ciencia.

Visitó en 1893 Nicolás I la Universidad de Kief. «Estudiad, dijo a los alumnos; pero esto no es solo. La Ciencia sola no produce buenos frutos; necesito

hijos fieles al Trono, una abnegación sin límites, una sumisión que no razona, una obediencia absoluta.» Y a los maestros añadió: «Sed cautos. La Ciencia puede seguir su curso, pero si no cuidáis preferentemente de desenvolver las nociones de mi moral, si no influís sobre las convicciones políticas, yo tendré a mi modo razón contra vosotros.» Calcúlese la eficacia que obtuvo la recomendación cuando pudo ser hecha tan públicamente.

* * *

La generación de 1840 que, según Vogüe (1), destaca su personalidad por un sentimiento de piedad social, formó una pléyade literaria que se quiere sintetizar en Onegin, producción a lo Byrón, de Pouchkin, cuando pinta a Lenski en la flor de la edad, discípulo de Kant y poeta a un tiempo, y que «de Alemania ha recibido su ciencia, sus atrevidos sueños y un espíritu ardiente y extravagante, una palabra entusiasta y cabellos—en Lensky son negros—caídos en melenas sobre la espalda».

También nosotros hubimos de pasar por período análogo; pero en nuestro suelo se adaptaron pronto, ya que no las ideas, las personas que las profesaron, a menesteres políticos extraños ciertamente a las controversias filosóficas aborígenes entre derecha e izquierda hegelianas.

Bakounin y Tourguenef, compañeros en Berlín, son de la época descrita, y también Herzen, que con el primero señaló el mayor radicalismo ruso.

(1) Le Roman Russe.

Kant, Hegel y Feuerbach, de un lado Saint-Simon, Fourier y Proudhon, de otro, y poco después la fértil producción de la Comune francesa y su historia, llena de grandes figuras seductoras del espíritu joven e innovador, constituyen pasto intelectual en que se va formando la reducida minoría de los hombres de letras en Rusia, e inspira también, especialmente la Commune, muchos de los actos revolucionarios según en otro trabajo veremos.

Nada importa el fracaso de la Commune, tan hábilmente atribuída en recíprocas inculpaciones de Blanc a Lamartine y de éste a aquél, y en revuelta exculpación a Thomas y a Marie, ya a la organización militar, ya a la falta de ella, ya a los talleres nacionales, ya a su defectuosa organización. El gran poder de la idea está en que, como el deseo nefando en el pecador, ciega la percepción del más allá y en él ve, tras la realización, no lo que haya realmente, sino el triunfo y logro natural de sus anhelos y venturas. La imaginación despoja de sus parvas vestiduras y atributos a la razón y con ellas se toca, mal cubriendo sus apetitos o sus divagaciones de sonámbula, con girones de la ciencia que siempre fué dócil y sumisa con los desvaríos de los hombres; y aun la historia—no en vano es también mujer—tiene con los sabios y reformadores sus coqueteos y arrumacos, sin que ello la sustraiga de evocar sus rigores de tirana avisando a aquél, tardíamente a las veces, de que aun no ha llegado la oportunidad deseada. Inexorable, la historia, destruye intentos y avances prematuros, y toléralos sólo como ímpetu de aceleración, necesario

en la lenta labor de acción y rectificación que da al progreso sazonado fruto.

Herzen, ya autor de la novela filosófica *¿De quién la falta?*, fué testigo de la Commune francesa y colaborador con Proudhon en la *Voz del Pueblo*, periódico que merecía ser sucesor de *Cuatro gritos de un patriota*, *Cuaderno del cuarto estado*, *Catecismo del género humano*, *Boca de hierro*, *Tribuna del pueblo* y otros tantos títulos patronímicos de la prensa de la Revolución francesa.

Pero el estudio de Herzen, con haber ejercido tan decisivo influjo en la formación intelectual de su país, no es de este momento. El autor *De la otra orilla* y *La Campana*, de éxito resonante, es figura desmedida para estos apuntes, y su significación propia, preponderante, es más adecuada para un estudio de los revolucionarios activos y organizados.

Igual motivo nos impide el examen de tantos otros y singularmente de la producción de Bakounin, que tanto influjo ejerció. Su lema, «La pasión de la destrucción es una pasión creadora», paradoja sobrada explicada en su obra, es reveladora de un espíritu atormentado, inquieto, enamorado de la revolución como fin y no como medio. Solidarizado—a pesar de las diferencias de educación y estirpe—con los anarquistas más ignaros, es la fundamental aspiración de éstos la extirpación y acabamiento de toda «organización autoritaria, de la sociedad de derecho divino, la sociedad transcendental fundada sobre los principios y dogmas, aun cuando éstos fuesen los de la

soberanía del pueblo» (1). Inicia la propaganda de estas ideas, como autor de la apología anónima (2) del atentado nihilista contra Alejandro II, por Solodiet, «nuevo mártir del absolutismo ruso», «que ha sacrificado su vida por la emancipación». El estudio que hace de la formación del anarquista en este folleto, bastará para justificar nuestra exclusión de un trabajo dedicado meramente a la novela prerrevolucionaria. Píntale primero absorbido por el estudio y por la preocupación de los arduos problemas filosóficos y sociales, de los que surge su convicción del imperio de la iniquidad. Renuncia, conducido por un noble sentimiento de sinceridad y ejemplaridad, a las ventajas de su posición, nacimiento y educación, y va al trabajo entre el pueblo como obrero. Como vemos, está imbuído en cierto modo el revolucionario ruso en general, del concepto tolstoiano de origen religioso, de que sólo por el trabajo manual puede venir la redención del hombre. Y ya obrero, inicia su predicación de «la buena nueva de la *próxima* revolución social».

Táctica de maravilloso acierto, porque es poderosa elocuencia el renunciamiento y la convivencia con el pueblo, como fué siempre fray ejemplo. Lo demás lo pone la convicción en el *próximo* triunfo. Y contribuye también el sacrificio, que ha de dar, con la aureola del martirio, el adueñamiento del espíritu, por la seducción de lo trágico y terrorífico y por la

(1) J. MESNIL: *Le mouvement anarchiste*.

(2) ZOCOLI: *La anarquía. Las ideas y los hechos*.

incitación a la protesta y la venganza en despiadada lucha de recíprocas represalias; realiza el anarquista, en prueba de la solidez de sus convicciones, «un hecho de propaganda»..., y sube serenamente al patíbulo. El patíbulo vuélvese en dosel triunfal, y se alza entre retazos filosóficos (que son la libre formación de la moral y el deber, y el absoluto imperio de la razón, avergonzada de su generación póstuma) y el afán de gloria, y también, ¿por qué no?, una aberración germinada en un sentimiento de justicia cruento, y por ello paradójico, e impulsado por la exaltación del *yo* hasta atribuirle la encarnación del acierto.

La personalidad de Bakounin y su obra, en sus diversas facetas, se sale del marco de este trabajo: nos hemos ocupado de ella para eliminarla.

IV

La Novela

Nos hemos preguntado muchas veces, antes de que la Revolución de Rusia absorbiera la atención de pensadores y pueblos, el por qué de esas características de la literatura contemporánea de aquel país, que dentro de las particularidades de inconfundibles estilos, tiene un sello especial psicológico, quizás representativo de cualidades de raza, acaso sintomáticas de la crisis de una época.

Sin atención a la crítica propiamente literaria,—no nos sería posible — pretendemos recoger esas particularidades tal cual se nos ofrecen; estas han venido a formarnos la convicción de que la novela ha sido uno de los más activos, si no el más, de los elementos que han determinado el estado de conciencia adecuado y propicio al desarrollo de la revolución.

No es nuevo el caso en la Historia. La fuerza imponderable de la literatura, como incubador del fermento revolucionario, se puede conocer a poco que se ahonde en el estudio de uno de esos procesos en que la Humanidad o un pueblo se avoca sin temor a

las contingencias de lo desconocido, a la revisión de los valores más indiscutidos.

El examen, ya literario, ya científico (que a veces no tiene de ello sino la apariencia que le infunde la cultura o el estilo de un autor), y la crítica consiguiente de principios e instituciones o meramente de personajes que constituye—el autor o el sentimiento popular—en tipos representativos de un privilegio, institución o clase social, son sin duda factores de un poder más efectivo, como determinantes de una revolución, que cuantos dependen de la gestión directora de las colectividades nacionales, de la propaganda de los partidos y aun de una realidad dura de miserias e injusticias.

Y es que éstas se exacerban y agudizan en el paciente cuando el arte las recoge y expresa, y al pasar por la sensibilidad de una personalidad exquisita se presentan, como una revelación, diáfanas, en toda su integridad y con aspectos ignorados, al espíritu más tosco, sugiriéndole (con el examen y complacencia en la contemplación de su propia miseria) la inquietante interrogación de las causas de la iniquidad y su perduración, y de pregunta en pregunta viene a parar en la de si no habrá medio de reparación; y es este el momento propicio para la literatura que llamaríamos mística, en la que recogiendo el hombre en sí mismo, busca los principios inmutables del bien y a través de sus prejuicios y preocupaciones forma esas concepciones del dorado país de la utopía, cada día más codiciado, enaltecido y digno de las pesquisas de la humanidad, pero también más

alejado en el ignoto mar sin límites del progreso; tan esquivo y huraño, que cada tanteo de aproximación lo trueca, tan pronto se inicia el alborozado desembarco de los nuevos argonautas de la justicia, en tierra de desolación, y pesadilla truculenta con los más inverosímiles desvaríos; fiebre tan adueñada del espíritu, que le conserva encadenado con fascinación irresistible, sin libertad siquiera para la nostalgia de los tiempos pasados y de los pueblos que quedaron al otro lado de la ruta aciaga.

¿Cómo ha podido suceder una y otra cosa sin la intervención de poderosas personalidades que sacudieran al espíritu llevándolo en pos de sus concepciones extrañas y genialísimas? El libro leído en horas sustraídas al sueño, en un medio natural hosco, propicio al florecimiento de la vida interior, y ante una realidad de ignominia y de dolor, al pintar nuestras propias lacras, se adueña prontamente de la confianza, sin recelo alguno respecto de sus intenciones de proselitismo; no nos exige acción exterior, es un confidente que remueve a ciegas cuanto de bueno y malo encierra ese ignorado factor de la dicha o la desgracia, que es el espíritu...; y royendo las ideas más firmes, en largas horas de meditación y soledad, nos reconcentra o nos lanza al torbellino del mundo y sus pasiones, y en todo caso, deja un rastro calenturiento, activante, o un rescoldo de odio o amor que surgirá potente al soplo de un recio llamamiento, ya para las grandes, ignoradas o públicas, abnegaciones, ya para impulsar hasta la saciedad todas las vindicaciones y odios, y los apetitos y llamamien-

tos de la más ínfima animalidad. Epocas son estas de las grandes crisis de la humanidad, en las que parece que se intenta y realiza un examen de las cualidades intrínsecas de la especie y se cuida de restaurar en su primitiva pureza, — libre de las trabas y delicadeza de la civilización, que es considerada como artificiosa y mala—las que ostentó sin freno en los albores de su existencia.

Las revoluciones pueden hallar para su desarrollo o a su aparición, un sedimento propicio para la renovación política mas exterior tan sólo, o ser derivadas, por causas ignoradas, a cambios de este orden, pero las de nuestro siglo, y otras hubo antes—que estudiamos en otra ocasión—tienen más honda raíz. No intentaríamos, justificar ni explicar el proceso de las que presenciamos; pero no puede desconocerse, sino con intento impuro o ceguera, que se ha hecho todo lo posible por inconsciencia y ausencia de sentido moral, para precipitar la reacción espiritualista que vive en el fondo y es el elemento fertilizador de toda revolución. La sociedad ha presenciado indiferente, más que hostil, el dolor y la miseria, y esta anestesia de la sensibilidad le ha velado la germinación del odio, que no es reivindicación en el sentido de derecho o reparación, ni de mejora; es vindicación de la ley del talión. Incubado en el mísero (que se complace morbosamente en el menosprecio de que cree ser objeto) el sentimiento, la percepción vaga de que se le ha despojado de su bienestar por una artificiosa hábil trama, se recluye en su dolor, levantando—falso del sentimiento cris-

tiano de resignación—una muralla entre él y el mundo, que él cree que goza, y que en todo caso le menosprecia con la ostentación de sus alegrías y satisfacciones, en que ve él mismo una humillación intencional, que lo es hasta cuando acude a él con los recursos de la caridad y el consuelo de alma hermana; y con este concepto, explicable aunque quizás injusto, reivindicación para él es devolución de ofensa por ofensa, humillación por humillación, despojo por despojo, víctima por víctima..., y eso es la revolución social, que soslaya la baladí cuestión del gobierno político en los primeros arrebatos de satisfacción de contenidos agravios.

La Nelly de *Humillados y Ofendidos*, de Dostoievsky, personaje que parece encarnación del pueblo ruso en sus movimientos de histerismo colectivo, su depravación cruenta e infantil, paradoja viviente, es el fruto lógico de la dignidad humana y el sentimiento filial heridos por la amoralidad de su progenitor y la sórdida avaricia y el orgullo, a un tiempo digno e injusto, inconsciente y afectivo, del humillado padre de la seducida. Nelly, virtud selvática estimulada y guiada por el consejo moribundo de su madre, es el caso más peregrino de psicología, y su morbosidad pudo conducir más fácilmente al crimen que al sacrificio abnegado, y, sin embargo, el motor de este último no es otro sino un refinamiento de venganza (que había de recibir cobijo en el alma femenina, sublimada por el dolor), de la venganza por el agravio y la humillación. Enorme espiritualidad que para nosotros es una revelación. Nelly, hija de

Príncipe, busca con deleitación la miseria—lo mandó su madre—; no acepta el alimento sino a condición de ganarlo con su trabajo de tísica precoz, y toda su venganza contra el padre—de la clase dominante— que sedujo y abandonó a la madre, es la predisposición para negarle y su odio secreto, efectivo y absorbente, cultivado toda su corta vida, como lo fué en la de la madre, para devolverle la humillación de su desprecio. ¿Véis este modo de reivindicación que no reclama, que no quiere el reconocimiento de la paternidad y los bienes inherentes, que no ansía su derecho, sino la venganza del sentimiento hollado, de la dignidad ultrajada? Eso es todo, esa es la psicología de la revolución. Sentimiento oprimido, encerrado, concentración mística de la *humillación y la ofensa*, como campo de cultivo de la bacteria que destruye su propia vida; laceración de las carnes fué en otro tiempo, hoy del espíritu, y cuando la hora es sonada, deja descuidado su propio provecho; no busca más reivindicación que la de reparar su dignidad en el rebajamiento de la ajena. Temerosa revolución, cuya prevención tiene un remedio sólo y eficazísimo, incontrastable, que es inocularse el propio mal, el sentimiento de la verdadera dignidad humana, que no es la nuestra tal dignidad de hombre, mientras el semejante carezca de ella o se la desconozcamos y ofendamos.

Nelly es el obrero y el campesino ruso, siervo o hijo de siervo liberado por el temor y la conveniencia política y no por convicción, y que con todas sus cortas mejoras sigue siendo el humillado y burlado

por la clase dominante, casta aparte sin comunicación espiritual alguna. Nelly es la clase intelectual, superior a las restantes rusas, de más alto sentido moral, de exacerbado sentimentalismo por su mayor aptitud para la comprensión de la injusticia, impotente para el remedio, confiada en el porvenir; tenaz, sacrificada, perseguida y vejada en cruentas deportaciones, en tanto triunfa en la camarilla la soez personalidad de un libidinoso; son las almas recias al lado de los espinazos flexibles y los astutos servidores, son la encarnación de una justicia sin atenuantes, rígida, que al acusar no ha de medir los efectos que pueden seguirse ni las consecuencias del cambio.

Siervos, que aun no han sacudido el lastre de su larga, secular, esclavitud; inadaptados para la vida de la libertad, desesperanzados de la utilidad de ésta, que no ha hecho sino lanzarlos sin norte ni objetivo, ni medios para una dura vida; obreros que tienen la obligación de personales prestaciones por impuestos y capitaciones; intelectuales a quienes su pensamiento, expresión de su superioridad y su cultura, los torna inadaptables a un medio hostil y deprimente.

Estos factores y la guerra y la traición de sus gobernantes, determinan el triunfo de la revolución. Escasa ha sido la parte que en producirla han tenido los que resultan triunfadores.

Dostoievsky, muerto en 1881, es sin duda uno de los novelistas que más influjo han ejercido en el pueblo ruso.

Su formación primera se debe a un espíritu justiciero de protesta que, exacerbándose, le comprometió en 1849 en el asunto Petrashevsky, iniciación de un movimiento campesino y de libertad del pensamiento, por lo que fué condenado a muerte, pena que se le conmutó por la de cuatro años de trabajos forzados en Siberia y la obligación de ingresar luego como soldado en el Ejército. De Siberia sacó el ambiente de *Crimen y castigo*. Breve fué su estancia en el Ejército, de donde salió por su débil salud. Notan los críticos su evolución filosófico-política, de un democratismo socialista a patriota cristiano, enemigo del nihilismo y fundador de la escuela eslavófila.

Su derivación religiosa tiene una honda raíz en su temperamento; vemos en *Humillados y ofendidos* un prurito de enaltecer el sufrimiento, cualidad ésta de que adorna sus principales y más queridos personajes, ungidos todos por un verdadero martirio voluntariamente aceptado, aunque de él pudieran librarse, y eso que es esta obra inmediata a la época de su acción político-social. La tendencia de sus últimos años a una regeneración del hombre por el cristianismo es análogo, y acaso afecto, a la que inspira la producción tolstoyana y que tiene su síntesis en *Los Evangelios*, de éste último autor, Dostoievsky—hay que advertirlo—no es, sin embargo, el hombre equilibrado, el pensador y observador sereno de la realidad. Según Grasset (1), que sigue a Osip

(1) *Semilocos y semirresponsables*.

Lourié (1), es «un epiléptico que se goza en su dolencia.»

Para el Profesor de Medicina de Montpellier, Gogol es atacado de misticismo mórbido, Tolstoy padece la semilocura de la originalidad (ya le fué reprochado este afán por su familia), y también la de la educación en el dolor, Garchine padece susceptibilidad mórbida, Pomialovsky es dipsomano, y Gorky un vagabundo o viajero, que también es un modo de semilocura.

Existirán o no taras fisiológicas o espirituales en los novelistas vistos y otros, pero el dicho de Ossip-Laurie, de que «el misticismo mórbido de Gogot sólo es comprensible en realidad para el ruso», acusa, dado el éxito de este autor, una conformidad substancial con la idiosincrasia de ese pueblo, nunca más ostensible que ahora. Y el íntimo goce de Dostoievsky, en su propia dolencia, puede reflejarse en la psicología análoga de sus predilectos personajes, como puede ser nota, no singular del autor, sino reflejo de la general característica del pueblo ruso, enfermo moral en el pródromo de la franca convulsión que presenciemos. Los epilépticos—posesos en lo antiguo—dícese gozan de una clarividencia excepcional, de una receptabilidad desarrollada, pronta y perspicaz para sentir y recoger los más secretos impulsos, sentimientos o pensamientos ajenos, y hasta se ha dicho que disfrutaban por ello del don de profecía. Lo que sí

(1) *Psychologie des romanciers russes du XIX siècle.*

es sin duda, que tiene el hombre culto que se halle en estos confusos estados lindantes con la locura, soberanos espasmos de alta intelectualidad junto a aberraciones y torpezas que le aproxima a la infanilidad salvaje o la senil degeneración. Difícil y sinuosa senda sigue el degenerado genial, que oscila entre el crimen y el genio y cuyo fin es doblemente cruel por conocido e inevitable.

Volvamos a la novela vista, que nos parece un símbolo y al mismo tiempo de un duro realismo, lo que nos hace recordar ese «naturalismo espiritualista» deseado por Durtal en «Allá lejos», de Huysmans. Este último novelista dice de Dostoievsky que tiene «menos de realista intenso que de socialista evangélico.»

«En el arte, como en la vida, el realismo no es para el pueblo ruso una teoría, es una aplicación de sus instintos naturales. En poesía, como en religión, siente horror de las abstracciones. Ningún espíritu metafísico, ningún sentimentalismo, una gran abundancia de recursos, un tacto perfecto respecto de los hombres y las cosas, y en las ideas, las costumbres y la literatura, un positivismo que llega hasta la brutalidad; tal me parece su psicología» (1), dice Waliszewsky.

Si el autor se propuso marcar una síntesis de los diversos caracteres que integran un pueblo de heteróclita formación, es cierto este resumen paradójal, mas no sería admisible aplicado a algunos de sus no-

(1) WALISZEWSKY, *Literature russe*.

velistas. Más cierto es que en su literatura es difícil encontrar esa alegría sana que retoza como ternero joven en una naturaleza limpia y riente, y más difícil aún, el superficial y excéptico goce del mundano, extraño a las inquietudes de la duda e inquietaciones del espíritu; efectivamente es nota general de su literatura «una tendencia marcada a la melancolía», a veces verdadera obsesión de tristeza que degenera en hipocondría, produciendo un hondo desconsuelo y descontento de la vida. «Tristeza, excepticismo, ironía, ha dicho Herzen, son las tres cuerdas de la literatura rusa», y añade: «nuestra risa es un reír sarcástico y enfermizo.» «Unos lloran, otros sueñan, dice Waliszewsky. En estos últimos la melancolía se trueca en un misticismo brumoso, que triunfa de los instintos realistas, o se enlaza con ellos en acoplamientos extraños y surge Dostoievsky.»

* * *

Foma, protagonista de Stepantchikovo, también de Dostoievsky, es otro tipo de humillado; el humillado astuto que venga sus pasados agravios de bufón, en tiempos de prosperidad debida al histerismo de una viuda pervertida y visionaria. Foma es mezcla confusa, un poco irreal para nuestra comprensión occidental, de un raro orgullo de la humildad y el rebajamiento, del que saca extraordinarios recursos para la dominación de los demás con el auxilio de la morbosa superstición e infantilidad de una raza atrasada y de la fuerza sugestiva de su propio histeris-

mo al unísono del de la viuda la protectora. Impreciso carácter rayano en la locura, verdadero masoquista espiritual, tiene los arrebatos, a ratos farsa a ratos sinceramente sentidos, de un mártir, y en otros momentos los supremos recursos de un dominador, y siempre una extremada susceptibilidad propia del que ha sufrido humillaciones. Figura complicada, inexplicable en un cuadro de psicología exótica para nosotros como las más de la novela rusa, es, sin embargo, tipo muy frecuente en la realidad de aquel mundo extraño, medio europeo, medio asiático, tan poco propicio a asimilarse las ideas y concepciones de Occidente, y ésta es nota que no puede ser olvidada para no sacar fácilmente enseñanzas y hacerlas aplicables a nuestra civilización, de movimientos sociales suyos y del proceso que allí afectan, por parejos que sean a los de los textos de la literatura de Europa.

E insistimos en recoger estos dos aspectos de humillados de Dostoievsky, el carácter entero del misántropo de *Humillados y ofendidos*, y el que de su envilecimiento saca enorme fuerza de dominación, conservando ambos con singular fruición atormentadora su propio dolor y haciéndolo medula de su acción y emblema de su vida, porque esto nos da una imprecisa sensación de muchas cosas del proceso revolucionario ruso, donde existe más que una pugna de clases y una reivindicación de derechos, más que un entronizamiento de privilegios, un desprecio vitando de unas razas o clases por otras, y después, y antes y siempre la humillación de una clase y el sen-

timiento de ese desprecio como el verdadero motor de todos los trastornos, protestas y pugnas y del que ha dado el tinte sangriento y repugnante de una ancestral contienda prehistórica al movimiento ruso.

Dostoievsky hace una «categoría» especial de los humillados, así lo expresa al final de esta novela. Puede decirse que son las dos obras vistas, dos capítulos de un estudio sobre el influjo en la psicología individual, del agravio y el vejamen. Es su obra, en este sentido, eminentemente revolucionaria, labor analítica de un factor que tiénese en poco, y es, sin embargo, propulsor de las más heroicas y las más villanas acciones, y sentimiento de una vindicta justificiera, ya se desate en represalias insanas, incluso en continuidad obsesionista (Foma), ya inunde con su menosprecio al que hizo la injuria y hasta el pedazo de su carne que no supo prevenir, ya de la injusticia saque estímulo y acicate para la acción noble que nos redima y eleve sobre una condición menospreciada sin razón o con ella, o trueque en blasón codiciado lo que fué objeto de vituperio.

Aun hay otro tipo de humillado que acaso veamos a través de una leyenda; el hombre malvado, fruto de degeneración, verdadero astuto con una audacia sin límites, para quien da facilidades para el triunfo insólito el medio que hemos examinado.

A Rasputín lo sucede Protopopof, como a aquél precedieron en la Corte, con largo intervalo, otros impostores.

Rasputin en su primera personalidad, facineroso sin careta, a quien el campesino siberiano nimbó con te-

rrorífica aureola semejante a la que disfrutaron en nuestras imaginaciones los bandidos de Andalucía o el terrorismo catalán, tornóse luego en una contradictoria personalidad de libertino sádico y trasunto de un espíritu inspirado de Dios y tamaturgo, y, por último, mascoto para la salud del Zarevich, y hábil político. Personalidad, sobresaliente sin duda por algo más que sus vicios y su plétora viril a lo Casanova el precursor de D. Juan en el Renacimiento italiano, fué el árbitro del árbitro y satisfizo su sed de desquitarse de humillaciones pretéritas, siendo su psicología, a juzgar por los hechos divulgados, muy semejante a la que lleva a Foma Fomith a gobernar sin lucro personal alguno la vieja aldea de Stepantchikovo.

El que luego fué monje celebérrimo hizo honor al apodo familiar sinónimo de «disoluto» (Rasputin) (1) dado en justicia, al padre, en la taiga siberiana.

El camino de Damasco, perdónesenos la irreverencia, de este converso, de quien evidentemente se valió el destino implacable para señalar imborrablemente el fin de un régimen de corrupción, sirvió sólo para convertir el santo camino de la predicación en arma para el logro de sus apetitos; y advertido de la superstición, de la incultura de su pueblo, concibió las bases de una monstruosa secta que a un tiempo cobijara las ansias renovadoras, revolucionarias de la espiritualidad, y los más subalternos llamamientos de la animalidad, dando salida en cauce propicio,

(1) CH. RIVET., ob. cit.

a todas las corrupciones de una decadencia, que, como todas, se producen por la ausencia fundamental del sentido moral y la concurrencia de un malestar económico. Sin duda la fortuna excedió sus esperanzas: en lugar de la persecución se abrieron todas las puertas del poder con las de la aristocracia más encastillada; prueba ello, que corría parejo, en el pueblo de la taiga y el mir y en la sociedad más elevada del país, la abyección y la incultura religiosa en que germina la soez superstición fanática. Y Gregorio, que blasonó de su apodo innoble, lo siguió ostentando ante los dignatarios del Imperio y cínicamente usó de toda torpeza gozándose en el sadismo espiritual en que el humillado humillaba a los que tenían todo poder, y humillaba incluso las virtudes, satánico apetito sólo concebible en el que ha padecido secularmente el desprecio de todos los hombres.

* * *

Es Kuprin, novelista famoso, de los que se consideran más extraños a tesis sociales, salvo en *Yama*, y, sin embargo, *El desafío*, puede ser una explicación del Soviet, con haber aquella novela precedido a la guerra pasada. En *El desafío* campea un sentido militar, arcaico ya, analizado sin parcialidad visible, a través del protagonista Romaschhof. Verdadera disección que *a posteriori*, claro es, nos da explicación del caudal de odios acumulados en largos años de servicio de la población rusa, y su derramamiento en vindicta sanguinaria a los albores del nuevo

régimen. *El desafío*, sin quererlo acaso (y dejando a un lado la tesis principal, el sentimiento del honor militar y su aberración, y la complicada psicología de Schurochka), es una formidable diatriba contra el ejército, y más singularmente contra la disciplina al estilo ruso, única que conoce aquel aldeano. Libro que con ser una novela psicológica, límpida, impregnada de un alto sentido moral, deja, sin embargo, en el espíritu una vaga protesta y el sentimiento de injusticias y vejaciones, propicia al acogimiento de campañas sectarias. Tiene—esa protesta—la doble expresión del humanitarismo filosófico a través del espíritu culto y novelesco de Romaschov, y la inferior, inconsciente e imprecisa aun, de Xliebniokof; sentimiento que solidariza al oficial y al soldado actuando de fundente su común humillación, y que es una adivinación de los episodios del Soviet.

Es otra novela de este autor contemporáneo, aun joven, *El Dios implacable*, en la que por bajo del asunto de la obra (que es la pugna entre la banalidad provinciana y un sano amor que experimenta una joven y la repercusión de esa duda en un ingeniero) y entre los trazos sombríos con que pinta la bestialidad audaz y desaprensiva de un astro de la técnica, Kvachnin, asoma un simbolismo crítico, condenatorio del progreso fabril, a la evocación del título de la obra, y al brindar el contraste, alrededor de una gran explotación metalúrgica, del sufrimiento, miseria y dolor de unos, para las venturas y derroches de otros. Es el Dios implacable, «¡Moloch nunca hartado de sangre humana—dice el protagonista!—... Ese es

el progreso, la cultura floreciente, las máquinas grandiosas!»... La vasta explotación, con sus fábricas y factorías, con los altos hornos, con su denso humo, los hombres medio desnudos atizando maquinalmente el fuego, el esfuerzo del obrero y el ambiente malféfico, sacrifica en un año, según el cálculo del ingeniero Bobrov, en quien personifica la protesta, veinte años de vida (1). Tremenda diatriba del progreso, refutable acaso, pero que acusa un hecho real cuya responsabilidad alcanza por igual a todos y que no tiene remedio si no decide la humanidad volver al estado de naturaleza. Calculad si aun a los cultos y no directos interesados, sorprende y llama a meditación el hecho presentado a través de la concepción del novelista, qué no será para las más rudimentarias individualidades. Contempláis un paisaje, y a no ser muy artista y depurado vuestro espíritu observador, no advertís los matices y tonalidades tan a primera vista como cuando el arte lo ha trasladado al lienzo, agrandando el motivo, haciendo resaltar la nota más viva y característica, la que seducirá vuestro sentimiento de la belleza; y en la novela se habla al sentimiento o a la inteligencia, o a ambas cosas, y cuando más inteligible y veraz en la expresión es su lenguaje, es tanto más bella y genial la obra del novelista.

(1) Tomando por vida normal del obrero de esta clase, la de cuarenta y cinco años, representa una pérdida de seis horas al día que, multiplicado por 30.000 operarios, da esa cifra diaria.

V

El evangelio revolucionario.—Tolstoy

Nos encontramos ante la gran figura de Tolstoy, de compleja personalidad, a la que sería injusto no tributar el rendimiento de una viva admiración y la gratitud que debemos a los viejos preceptores, nuestros primeros maestros del sentimiento, por la clandestina lectura del mismo a que nos permitió entregarnos la escasa seducción de las aulas universitarias, y la extraña preferencia por el mujik ruso de las ediciones baratas de Maucci, Sampere, etc. La fea figura de Tolstoy—al decir de los biógrafos—nos es ignorada, y nuestra retina conserva, por el contrario, su aspecto patriarcal análogo al que ostenta Moisés en el viejo encantador Fleury, de tanto recuerdo testigo.

León Tolstoy es de los hombres del siglo pasado que mayor influjo han ejercido en las conciencias, y por su conducto—semiortodoxo, por lo menos no repulsivo al ortodoxo—han penetrado en la generación presente, benéficos estímulos y quimeras exóticas, y a su lado y bajo el patrocinio de la similitud con su orientación, otros príncipes y pensadores rusos más

revolucionarios, han tomado asiento en cerebros de altas y bajas clases sociales, en los de selecta y madura preparación, en los que son tierra virgen y en los que son estepa incapaz para rendir fruto alguno que no sea la planta maldita de la parábola del sembrador.

Tolstoy es por excelencia hombre sincero, interrogación constante que adopta sus actos a las contestaciones de su yo, a veces bajo sugerencias externas. Es el problema de la vida, la inquisición de la causalidad del hombre y el mundo, encarnada en un corazón que no le ha faltado sino la fe, que es decisión en lugar de duda, acción por encima de toda vacilación, convicción constante. Y, sin embargo, la doctrina tolstoiana es el anarquismo, sin atenuaciones para el juicio, es el error, es la imprimación mística más valiosa para que pudieran asentarse los errores y toda la violencia del bolchevismo ruso.

El Conde León es un admirador de Schopenhauer, cuyo retrato es único ornamento de su despacho de Yasnaia Poliana. A sus autores favoritos de la primedad (los clásicos y los filósofos del siglo XVIII, pléyade que aun irradia en paradójicas consecuencias sus brillantes teorías), suceden las escuelas positivistas. Es el cielo mismo de la humanidad. El fracaso de la concepción utópica proveniente del pacto, lleva a la opuesta, realismo, positivismo, materialismo, economismo y aun iremos más allá si no está iniciada la reacción al punto de partida en este ciclo a lo Vico, que hace pensar si a humanidad no se asemejará en sus experiencias a lo que expone Favre

de un mísero insecto. No puedo sustraerme a la tentación de referíroslo.

Advertido Favre de que cauto el insecto, tiende un hilillo que segrega, semejante al de la araña, y por él se lanza en fila y uno a uno toda la hueste en busca del sustento, logra conducir tan prevenidos animalitos al borde de una vasija, quitando luego el hilo que queda de vestigio. Les priva así de su rudimentaria guía material, borra la historia como cualquier reformador y con el mismo esfuerzo. Y siguen días y días hasta el desfallecimiento y la muerte, recorriendo los supervivientes el mismo círculo, conducidos por el que, a la muerte del cabeza, queda haciendo de guía..., sin advertir siquiera (o advertidos incapaces para el remedio que aconseja seguir cualquiera otra ruta) que aquel camino está varias veces seguido, según lo atestigua el engrosamiento o superposición de hilillos. ¡Eterno mudar de las cosas que es siempre igual! Son los mismos caminos y parajes, apenas más de media centuria recorridos: sólo es nuevo que se han engrosado las páginas de la historia por la vida de varias generaciones (que ya es trabajo... ya es sangre), sin que importe el guía que el azar pone a la caída o muerte del anterior.

No es lógico buscar la causa—si es que nos damos cuenta de la repetición de viejos procesos evolutivos—en un hombre ni en cien. Es Favre, es la Ciencia, es Él todo sabiduría, que va acumulando en experiencias tras experiencias la enseñanza precisa; y del tormento, el dolor, y la angustia, el mal, en suma, sacando el jugo que se integre y amalgame,

en lento proceso contrastado y secreto, con cuantos vierte la misericordia para formar la triaca salvadora de la humanidad desorientada.

Tolstoy—volvamos a él—recorre en su larga vida un proceso de vivísimo interés. Dice Ossip Laurie que a los positivistas suceden en su privanza la Biblia y los Evangelios: lo acusa así la producción literaria.

Aun es más sorprendente para el que sólo conozca al Tolstoy de los Evangelios, el recuerdo de su elocuencia guerrera en Sebastopol; autor de fervorosos escritos bélicos-patrióticos, cifraba sus anhelos—salvo los tiempos—en la cruz de Vladimiro; satisfaciendo esto, por lo visto, el prurito de originalidad de que le tachara una anciana tía al recriminar sus anteriores primeros confusos anhelos de redención del mujik.

Pero la huella más profunda que se advierte en la filosofía Tolstoyana es la que dimana del sentimiento del amor familiar. Se ha dicho que si no hubiera conocido las delicias sencillas y hondas del hogar doméstico hubiera llegado a la desesperación.

La doctrina de esta época se halla impregnada de un sentimiento de bondad que quiere desparramar su benéfico influjo alrededor y doquiera, haciendo del mundo un solo fraternal hogar y posible el disfrute de ese bienestar, que lo determina principalmente el deseo y resolución de alcanzarlo y crearlo por encima de las asperezas que presenta la realidad.

Tolstoy quiere a su modo (y aunque parezca pugnar con su doctrina), en cierto respecto y para todos,

el sentido del hogar burgués, de la moral burguesa, en el que no se ha infiltrado el snobismo superficial, en el que los hijos y padres vivan en perfecto amor; y alrededor, como iguales, en comunión espiritual, los demás, los aldeanos... la patriarcal casona de nuestra montaña. La hermandad, que de puro vieja esconde sus raíces, y allí las halla, por último, Tolstoy, en el viejo Testamento.

Y esto es una gran enseñanza social. Dad hogar a los que no lo tienen, instaurad en ellos alicientes que venzan a la taberna y el garito, y daréis sólidos cimientos al vuestro, haciéndolo perdurable para las generaciones que os sucedan. Quienes dedican su munificencia a crear ostentosos palacios-asilos, debieran pensar que éstos se alzan y cada vez se necesitan más, porque desaparece con el hogar, que caldea a un mismo fuego varias generaciones de una familia, el vínculo que las une y se borran los afectos familiares, no ya la gratitud y el respeto a la senectud y la caridad por el enfermo.

Espíritu inquisitivo—busca a través de innúmeras preguntas, Tolstoy— el fin de la vida, que constituye obsesión de trabajosas vigilias. Confiesa que ha perdido el sentido de la vida... ¿cuántos como él? Y planteado el problema, gira sin fin en el torbellino de la ideación, confundiendo meras sensaciones con juicios o ya con sentimientos y prejuicios... Vano intento en el que el hombre más ponderado pierde el seso, sino es que parte de la relatividad de sus medios cognoscitivos y la imposibilidad de resolver el verdadero valor de éstos, lo que le conduce fatalmente, sin un

propósito o prejuicio negativo, a la «admiración transcendental» base del culto al Ser Supremo.

Cuando el hombre llega a inverso resultado, ha de seguirse que fía de su aptitud para valuar el arduo proceso de la ideación y juicio, y entonces puede irse a la exaltación del «yo» en la concepción del «único» stirniano.

Coincide en Tolstoy la presentación de la duda a su espíritu (ya trabajado con Prohudon, con quien se entrevistó tiempo anterior) con la predicación del mujik Bondarev, sectario de los Sabatistas que hacen aplicación literal del mandato «ganarás el pan con el sudor de tu frente», y de él deduce que la «transformación del mundo será obra exclusiva del trabajo manual e individual». Esta es la voz de su destino, y a pie sale, ya mujik, el ex Conde León a encerrarse en el Yasnaia Poliana. Esta unilateral estimación al trabajo manual, es la semilla de todo el menosprecio de la revolución por los intelectuales.

Luego, su historia, su pensamiento, las evoluciones de su filosofía, os son notorias, están desparrramados en su vasta y admirable producción y han sido ampliamente estudiados (1).

Mas Tolstoy ha sido recogido por la propaganda anarquista como uno de sus corifeos, y con indudable justicia merecía tal concepto.

Zoccoli vierte atinado juicio en su estudio de las producciones de este novelista. «Las ideas de Tolstoy, dice, cuya difusión fué favorecida por la ciega

(1) OSSIP LOURIE: *La philosophie de Tolstoy*.

complicidad adulatora de los admiradores menos conscientes de su arte, si bien sufren una apreciación reductora definitiva de todo el movimiento disciplinado de la mentalidad moderna y de las corrientes activas de la energía ética y social; por otra parte, esto mismo constituye título de mérito con respecto a la propaganda anarquista como *fuerza de organización y cohesión de todos los que amoldan la realidad a sus diversos estados de conciencia*, oscilantes entre órdenes atrasadas que suprimen el ritmo de vida del mundo social y moral, y anticipaciones absurdas, por ser de hecho intraducibles, de un porvenir histórico impropio del presente. Y, en efecto, apenas se despoja a estas ideas de Tolstoy del aparato superficial de exégesis evangélica que las reviste, pueden entrar y entran realmente, en el círculo de la propaganda anarquista.»

Su excitación, más o menos directa, a la abstención del servicio militar, de la política activa, de la práctica de la democracia, elecciones, etc., como casi la totalidad de la doctrina tolstoiana, en suma, han actuado, en el pueblo ruso y fuera de él, con mayor eficacia que toda propaganda francamente libertaria, porque ha llegado a las conciencias indirectamente y a través del arte literario de una personalidad sobresaliente, genial, aureolada por el renunciamiento de los bienes y honores a que le daba derecho su condición. El desinterés, aval de la sinceridad, es sólido argumento en favor de cualquier idea, para tantos como juzgan de éstas, personalizándolas y en relación con la conducta del pro-

pugnador. Tolstoy ha ejercido una dictadura moral en la generación en cuyas manos se hallan hoy los destinos de Rusia, y ha extendido su influjo más allá de las fronteras. Mas, es la investigación de filiación espiritual arduo empeño, tanto más difícil cuando hay un raro prurito de insinceridad y de originalidad. Y esos se han adueñado de la intelectualidad contemporánea.

VI

La escuela de violencia.—Gorki.

Son «los ex hombres» de Máximo Gorki, los despreciados por «los bárbaros que se hacen señores de la vida», el hombre «que no sobresale por nada bueno y para sobresalir hace ostentación de sus malas cualidades»; son los arrabales de una gran ciudad, a donde baja «toda la basura de la ciudad, y hasta las casuchas deformes, parece que también fueron arrojadas allí desde lo alto, barridas como escombros por un brazo potente»; estos son los que inician y nutren una revolución. Cerco misérrimo que se concentra por las ciudades alrededor de su vana civilización ostentosa; descuidada del peligro, va ensanchando el círculo de miserias que la rodea y que puede en un momento sembrar, con la venganza de su ultraje, todo atropello y dolor.

Son también factor revolucionario, espíritu predispuesto, en Rusia, la masa anónima del campesino y el poblador de la estepa.

Pero la fuerza revolucionaria más poderosa es el ejemplo de las clases poseedoras cuando carecen de

todo sentido cristiano de la vida, cuando la codicia y la posesión de bienes materiales y el disfrute de goces escasamente espirituales, es norma de sus actos, cuando duerme sin inquietud moral al lado de la miseria y el hambre; ejemplo de egoísmo, que si cunde entre los que pueden prescindir de él, ¿qué ejemplaridad no ha de alcanzar entre los que nada poseen, y de la astucia, el engaño o la violencia tan sólo, han de esperar la satisfacción de necesidades o apetitos?

Gorki—cronista de los que están fuera de la sociedad y de las leyes y al margen de la vida civilizada, como en *Los Ex hombres*, *Cain y Artemio* y *En la estepa*, etc.—, aporta un dato muy importante para juzgar la vida rusa. En nuestra civilización occidental las acciones no son malas, extrañas y punibles, sino acaso cuando se producen con violencia; no nos cuidamos comúnmente tanto de la bondad o maldad intrínseca y de su valor de transgresión, sino cuando salen del marco de tolerancia máxima, de contornos flexibles, o cuando se produce con violencia, desenfadada o cínicamente. Escapan ciertamente a la sanción mil y mil acciones punibles, si se encubren o no se comprenden en la tarifa corriente que nos sirve para juzgar.

Para el pueblo ruso, a través de Gorki y también de otros novelistas (y sea por la imposibilidad de una eficaz acción judicial en tan vasto Estado, o por su naturaleza y estado de infancia en el proceso civilizador), la violencia, por sí sola, no ofende los sentimientos sociales. Algo debe influir la legalidad de

las que empleara el señor con el siervo, el oficial con el soldado.

Gorki, como nadie, ha pintado la violencia criminal sin sanción positiva, sin repulsa social, sin sorpresa para los testigos, como no sea éste el niño protagonista de *Una infancia trágica*. A través de este autor, vemos un pueblo que no tiene noción de la justicia organizada, y acude a sus propios medios y a la astucia, como Khaim, y cuando cae en las manos de los Tribunales, siempre mal parados en las del autor, se entrega sin deseo de defenderse, pero con protesta injuriosa, como Aristides Kuvalda (1). Y es que para el novelista ruso, para el pueblo ruso acaso, es yuxtapuesta e incomprensible la civilización organizada occidental. La autocracia no ha comprendido que cuando el Emperador Alejandro I, educado por La Harpe (el admirador de Voltaire y Rousseau), impuso y desenvolvió la civilización europea, entregaba a su pueblo un juguete peligroso e incomprensible; era algo exótico que pugnaba con las raíces espirituales de su pueblo. ¡Triste sino el de la santa idea de libertad, que siempre se intentó adorar con un mismo ropaje, y se la desconoce y niega cuando viste el hábito genuino de las propias costumbres del país!

La Justicia, los Tribunales, son, para el novelista ruso, manifestación de error, cuando no instrumento de represión parcialísima, como se ofrece leyendo *El terror en Rusia*, de Kropotkine. Para el ponde-

(1) *Los Exhombres*, GORKI.

rado Andreiew, en *Cristianos*, es el funcionamiento rituario, sin vida ni sentimiento, de absoluta incomprensión, «como una máquina perfecta». Por cierto, que este mismo título de *Cristianos*, es una invitación a meditar sobre la impropiedad con que lo ostenta nuestro siglo; invitación que ha sido atendida en aquel país, como toda la obra de crítica que vamos examinando.

Volvamos a la violencia, ya convertida en sistema filosófico que ha encontrado su definidor en Georges Sorel, y que antes el pueblo ruso, por lo que tiene de primitivo, la tenía enraizada en su alma oriental.

Encontramos en toda su novela, un sabor de reciedumbre de alma, saturando cuerpos endurecidos por los golpes y el trabajo; una insensibilidad, una anestesia, o quizás inexistencia, del sentimiento de dignidad; la sevicia, confesada sin rubor y corriente en el matrimonio respecto de la mujer, y también con los criados y dependientes, no se diga los siervos y el ejército, llega a términos de rudeza y gravedad inverosímiles, y no es presumible sea todo ficción literaria; pero aun sorprende más la humildad con que se recibe ese trato por el paciente, y no se diga de la injuria y calumnia.

Y no se busque la explicación, exclusivamente, en esas leyes y resortes secretos de la psicología humana, que dice Kuprin en *El Dios implacable*, que no conocemos aún, y que son los que únicamente podrían explicar esta humillación voluntaria de los seres humanos ante el poderío de los ricos.

Esa impasibilidad ante el agravio es de un estoi-

cismo inconsciente y selvático, que no puede tener la misma raíz que el juicio de Séneca de que el daño a nuestro honor no puede depender de la voluntad ajena, sino de nuestros actos; al lado de aquella característica se halla en el ruso el cultivo morboso de la humillación, que hemos examinado.

Esa concurrencia de tan contrapuestos sentimientos nos hace pensar que el terrorismo en Rusia es algo consustancial; es sistema de gobierno y de protesta; es demostración de que el supremo recurso ante una civilización atrasada, para el triunfo de cualquier doctrina o régimen político, no estriba en su bondad ni en el convencimiento de la inteligencia, sino en apoderarse del pueblo envilecido o inculto por el temor. Los pueblos primitivos no han constituido sus divinidades por otro impulso. La ostentación de un poder incontrastable, inextinguible, cualquiera que sean los medios empleados contra él, es siempre, para quienes no disfrutan de los mayores destellos intelectuales, el arma más segura de proselitismo. Así lo entienden aún en nuestro país el cacique rural o el oligarca cortesano, al utilizar el arma que les brinda la influencia para hacer partido entre los aldeanos rústicos, más por *el palo* que por el favor.

Ha sido estudiado el miedo como factor psicológico y fundamento de algunas religiones; no tanto como base de las organizaciones sociales, no obstante el hecho de que éstas han perdido su raigambre y se han derrocado cuando el hombre se ha familiarizado con ellas, e ineficaces, han perdido su valor de

poder efectivo. Hoy toca el turno al Dios-Estado, impotente por sí sólo para mantener su culto viejo.

Los eslavos, adoradores en su infancia de un dios señor del rayo, no han podido desprenderse en tantos años de cristianismo, de la idea de aplacar sus iras con sacrificios humanos, y la autocracia rusa y el nihilismo, sucedáneos del adorador de Perunu, tienen infiltrado el desprecio del valor hombre.

* * *

En Rusia es todo terrorismo. Terrorismo legal: sus deportaciones en masa, sus castigos policíacos, sus prisiones y penas. La fuerza de la autocracia no se engendró y mantuvo en una debida organización de gobierno, ni en hábil trama caciquil, no ya en la voluntad de los más o los mejores. Su régimen es el de un manso dosimétrico terror, resabio y herencia de sus costumbres de conquista. Por perduración del concepto de dominación guerrera, lo que fué exigencia política para la sujeción de pueblos y razas diversos, siguió inspirando su conducta para con los anhelos democráticos.

Terrorismo es su régimen militar, descansando en el miedo al mando o jerarquía superior, por sustitución de toda estímulo patriótico y toda idea de disciplina; lo es su burocracia, que no podría explicarse la democracia administrativa en que en nuestro país conviven las diversas categorías de un centro ministerial.

Terrorismo, calificado de tal, la actuación de las

democracias políticas; y en este concepto se reúnen tanto anarquistas y socialistas, como lo que en nuestra jerga fueran liberales, si este término no hubiera perdido todo contenido ideológico en partidos incoloros.

Y a él acuden hasta los Príncipes de la sangre para hacer justicia al valido Rasputin.

Característica reveladora de tantas cosas, al ver continuar hoy su imperio alrededor de una idea que había germinado en Rusia al amparo y cobijo de doctrinas de paz semievangélica, que, de una literatura impregnada en un romántico sentimiento de piedad y amor a todos los hombres, había cogido un sentido humanitarista cristiano, huído a los primeros destellos del triunfo bolchevique. Y es que ese sentido, halagador del sentimiento cuando era reinante la injusticia, resulta artificio literario para olvidado cuando la revolución abre las puertas a otro más natural en el pueblo ruso, el desprecio de la vida, del factor hombre, junto con un sentimiento ancestral, quizá asiático, de venganza inflexible, hierática, como la pinta Dostoivsky.

Korolenko, en *El imperio de la muerte*, formidable diatriba, profundo análisis psicológico del condenado a la última pena (aunque inferior, sin duda, siendo mayor el motivo, al que hizo elocuente voz, que aun vibra en este salón) (1), dice que el guardián de la cárcel da a las familias de los ahorcados la noticia «hablando tranquilamente, como si se tra-

(1) CREHUET, *La pena de muerte como tema literario*.

tase de un asunto cualquiera, *como sabe hablar el vulgo ruso de la muerte*».

Nuestra civilización, nuestro siglo, todo respeto para la vida del hombre (olvido la guerra que es de otro campo), no acierta a explicarse las crueldades revolucionarias; no nos es fácil la explicación satisfactoria—aunque la intentemos—; pero es lo cierto que hay algo en el alma rusa que excede a nuestras guerras civiles; la impostura de Pugachot y el levantamiento de los cosacos, presto ayudados por otras razas, arranca a Puchkin (1) estas palabras que son una profecía: «Las autoridades habían dejado de funcionar en todas partes. Los hacendados habían huído a los bosques. Las partidas de foragidos llevaban la desolación por doquier. Los jefes de los destacamentos aislados castigaban despóticamente, lo mismo a los culpables que a los inocentes. La situación en todo el país adonde se había corrido el incendio era espantosa. No quiera Dios que vuelva a estallar *una revolución rusa, y como tal, insensata y despiadada*. Los que de entre nosotros las consideran imposibles, o son muy jóvenes, o no conocen a nuestro pueblo, o son gentes egoístas de corazón a quienes no importan las cosas que no les tocan directamente.»

Terrorismo en las cárceles, donde toda crueldad tiene impunidad; terrorismo entregando al hambre del destierro millares de hombres (74.000 había en 1908, según datos dados por la Policía); terrorismo

(1) *La hija del Capitán.*

en el procedimiento militar, en el común, como régimen indagatorio policiaco y de represión carcelaria; ¿qué de extraño se infiltrara la iniquidad sugiriendo a los enemigos del régimen que sólo la fuerza y el terror pudiera vencer la injusticia produciendo el temor en quienes la cometían? De abajo a arriba, de arriba a abajo, terrorismo es el sistema de propaganda y de predicación de ideas; y esto es muy distinto en el Poder público de lo que la misión punitiva y de defensa del orden aconsejan. Y una prueba concluyente de que el Estado ruso fía toda la eficacia punitiva en el terror, es el sistema de espías provocadores que logra su cumbre con el tristemente célebre Azeff, organizador de los asesinatos contra el Ministro von Plehve y el Gran Duque Sergio, y antes, en 1881, al organizarse la Okhrana (policía especial para proteger la vida del Zar).

VII

El nihilismo

Completarán la impresión que me propongo presentaros, unas observaciones sobre el nihilismo y anarquismo y la propaganda por el hecho, que es el terrorismo. No se juzgue de ligero que el atentado terrorista es una vindicación; es una táctica de propaganda, tanto más extendida cuanto confía en su difusión por la inconsciente obra de la Prensa más adversa; y la más eficaz, porque va, no a la inteligencia (que para comprender y seguir una doctrina ha de realizar una ardua labor), sino al sentimiento imperioso del descontento; y en el miserable, el humillado, el perseguido y hasta en el menesteroso de bienes o justicia, reacciona de modo paradójico, ya como vindicación, ya como sensación de su propia ignorada fuerza contra la sociedad que tuvo por poderosa, contra la complicada red del orden, de entre cuyas mallas escapa el autor en impunidad, merced a la impotencia de los organismos sociales o a la con-

miseración, y cuando no... la aureola del sacrificio, el nimbo heroico de que se rodea al autor, la propia conciencia de una personalidad y preeminencia, es bastante en el perseguido a compensarle, y para estimular a los demás a empeños análogos.

Dice Richter en sus *Teorías estéticas*—claro es que se refiere a la poesía en este pasaje—que «el espíritu de la época actual se goza egoístamente en anonadar el mundo y el universo, solamente que para hacerse, dentro del vacío por él producido, un espacio libre para sus hazañas, y arranca, como si fuera cadena, el apósito de sus heridas»; y añade más adelante: «el que desprecia el universo, sólo a sí mismo se estima, y solitario en el seno de una obscura noche, tiene miedo de sus propias creaciones.»

Mas cuando éstas han tomado corporeidad, a expensas de tan cruentos dolores de la humanidad o de un pueblo, ¿qué angustia no ha de sentir el hombre, por enseñoreada que se halle de su espíritu la convicción inexplicable de que la desolada ruta conduce a un mundo mejor?

Lenine ha dicho (1): «En mi espíritu se mezclan dos sentimientos expiatorios: la tristeza del clima y la ambigüedad de la raza.» Esta declaración de sentido esotérico y que es una interesante nota psicológica propia de la obra de Grasset, atestigua algo de lo que al principio del discurso dijimos; pero hoy es incompleta. A estos sentimientos expiatorios se unirá en el espíritu cultivado de Lenine la mayor expia-

(1) *Lenine*, por R. BOLÍVAR y J. DE CASTILLA.

ción: la que se produce cuando la realidad inexorable precipita en charcos de sangre saturados del dolor de todo un pueblo, las ideas y convicciones más sincera y apasionadamente sentidas como fundamento de una existencia y una misión.

Volvamos a la propaganda nihilista como valor psicológico, ya que de intento dejo todo proceso doctrinal revolucionario.

* * *

Cómo hayan podido coordinarse determinadas ideas en aquel país, no es más comprensible para nosotros que las costumbres persas. Su situación en Europa nos inclina a interpretar sus hechos a la luz de principios y doctrinas occidentales. El empeño de apreciar las causas del ideario ruso, es digno de estudios de más vuelos que el presente. Mas no pueden omitirse como observaciones pertinentes a nuestro objeto, el recordar que el espíritu de protesta junto con el ansia de mejora de las clases humildes (que se intentó desviar por el Slavofilismo, al modo que otros pueblos por el afán colonizador), fué derivado hacia el nihilismo. Dostoiewsky ha escrito: «El nihilismo se ha producido entre nosotros porque todos somos nihilistas», gráfica expresión del atomismo, raro individualismo, que no sólo es fruto ruso, y cuya génesis y quintaesencia ha promulgado Max Stirner.

Nótase—y viene a propósito—que esta concepción filosófico-social del nihilismo, a lo Herzen y con variaciones, discurrió libremente en el terreno de lo

especulativo en revistas y periódicos, sin que le fuera a la mano, ni se le dedicara atención represiva por la suspicaz política rusa. Así empezó la Enciclopedia, y los aristócratas de la inteligencia y la extirpe en Francia, prepararon así el movimiento que die-
ra al traste con sus vidas al par que sus privilegios.

Cuando Juan Gaspar Schimidt (Max Stirner), dió a la luz *El Unico*, estaba en pleno auge la izquierda hegeliana, y se habían apoderado de las inteligencias filosóficas, las inconsistentes doctrinas de Strauss, Baur, y Feuerbach, pudiendo afirmarse que es *El Unico* la exaltación a través de una poderosa inteligencia, del egoísmo puro de Feuerbach. Funck-Brentano (1) ha estudiado la relación en la doctrina de estas escuelas con el nihilismo ruso. La influencia de la filosofía alemana en Rusia nos llevaría muy lejos.

Stirner, a quien parecen meras «insurrecciones teológicas» las rebeldías contra Dios, combate con saña sin igual el cristianismo y todo sentimiento religioso, para lo que entiende es hoy ocasión propicia, porque aquel cristianismo ha llegado al apogeo de «la cordialidad apática». Hecho evidente este último, tanto más desde el punto de vista verdaderamente cristiano.

La exaltación del «yo omnipotente» (que impone el destierro de toda hipocresía y del afán de formarse una naturaleza diversa de la que se tiene), forma forzosamente *El Unico* y el ambiente propicio en que se desarrolle el nihilismo.

(1) *Les sophistes allemands et les nihilistes russes.*

«¿Quién será—dice Stirner—el que disolverá en
»la nada al espíritu? Sólo aquel que ha comprendido
»la vanidad, la fugacidad de la naturaleza, podrá ha-
»cer lo mismo con el espíritu; yo lo puedo; y lo pue-
»de cada uno de vosotros que en la acción y en el
»pensamiento se porte como un «yo» que no conoce
»obligaciones; en una palabra: lo puede el *egoísta*.»
Egoísta que no es en el sentido corriente del propio
interés, sino en la concepción egocéntrica, es decir,
que hace eje de todo el Universo la propia individua-
lidad tal como ella es, en sus voliciones sin norma y
su pensamiento insugerable por factor alguno exter-
no, sin distinción moral. «Es preciso ponernos por
»encima del concepto erróneo, según el cual, la fa-
»milia, la patria y la ciencia deben encontrar en el
»hombre su siervo fiel.»

El amor como efusión de nuestro propio egoísmo,
no por deber, sino porque nos sea grato; la familia,
la moral y el Estado, considerados como formas de
despotismo, del que hay que emancipar al «yo». El
Estado, sobre todo, considerado como fruto del libe-
ralismo, «monarquía absoluta» o «nación soberana»,
es objeto de duros embates en la obra Stirner, y de
tal forma ha influido *El Unico* en nuestro siglo, que
vemos de continuo emplear, por las propias clases
conservadoras, los argumentos más sólidos de la
obra de Stirner.

De ésta ha recogido su principal arma contra el
Estado el Socialismo: «El no habiente—dice—debe
»considerar al Estado como una potencia protectora
»de las clases acomodadas, a quienes confiere privi-

»legios para arruinarle a él. El Estado es un Estado
»burgués, es el *status* de la burguesía. No pro-
»tege al hombre en razón de su trabajo, sino de su
»lealtad, o sea según goce y ejerza los derechos
»conferidos por el Estado en conformidad con su vo-
»luntad o con arreglo a las leyes.» «El Estado paga
»bien a sus altos funcionarios para que los ciudada-
»nos puedan pagar mal sin correr peligro alguno por
»ello. Los buenos ciudadanos pagan gustosos al
»Estado los más elevados impuestos para tener el
»derecho de pagar menos a sus obreros.» Palabras
y conceptos repetidamente proclamados por el anar-
quismo y socialismo, por este último con cierta in-
consecuencia.

El Unico apareció en 1845; el manifiesto comunis-
ta en 1848; y sin embargo, Stirner puede decirse que
no ha ejercido nunca su influjo en la realidad tanto
como ahora. La dictadura del proletariado tiene una
iniciación en las siguientes palabras del mismo autor,
claro que no obtienen iguales consecuencias Stirner
y los socialistas:

«La clase obrera está sin defensa, y representa
»una potencia adversa, enemiga del Estado, de la
»clase de los habientes, del reino de la burguesía.
»El principio que aquella profesa, el trabajo, no se
»aprecia según su verdadero valor; considerado
»como botín de guerra, lo explotan sus enemigos los
»habientes. Los obreros tienen en sus manos el más
»inmenso de los poderes, y si consiguiesen conven-
»cerse íntimamente de ello, nadie podría resistírse-
»les; bastaría que dejasen de trabajar y *considera-*

»sen lo que han producido como si fuese de su propiedad.»

Y brinda Stirner una filosofía para la ejecutoriedad inmediata de las conclusiones socialistas revolucionarias. Es esta: «El egoísmo —dice— toma este camino.» No dice: «espera lo que la autoridad —puede añadirse lo que la evolución histórica a lo Marx— te concederá en nombre de la universalidad», sino: *«alarga la mano y coge lo que te haga falta...»* «Sólo entonces la plebe dejaría de serlo, cuando desaparezca la idea de que apropiarse una cosa sea pecado o delito.» ¿Para qué ofender vuestra cultura copiando más de Stirner? Su conclusión en este punto es ésta: «La violencia es necesaria; sólo por haberla empleado a tiempo sois actualmente los privilegiados.»

Esta doctrina es la Biblia de los «expropiadores.»

No nos es permitido seguir, dentro de la brevedad impuesta, el pensamiento de Stirner. Él ha formado los elementos nihilistas; y en esa enfermedad rusa, «los expropiadores», se ve hasta qué punto ha influido tal escuela. En reunión (paradógica desde un punto de vista doctrinal), con el socialismo, es la confirmación del vaticinio de Stirner, perfectamente aplicable al caso ruso. «Ahí va el egoísta—viene a decir— (y no aludo menos a quienes acaso se creen otra cosa), avanzando, afirmándose en el delito, riéndose de todo lo que se considera como sagrado; *un delito colectivo, omnipotente, impetuoso, invencible, soberbio, se anuncia con rumor de lejana tor-*

menta. ¿No ves tú cómo el cielo se oscurece con presagio silencioso?»

Disputa familiar, por cierto sobrado agria, es la de Marx y Proudhon sobre la paternidad del que llamamos comunismo socialista para no entrar en la diferenciación científica del concepto.

Más directamente revolucionario, Proudhon, pueden decirse discípulos suyos los anarquistas (y alguno con Tcherkessoff lo proclama así) porque ciertamente no ha pasado de una labor crítica, de negación, más ruda que la de Marx y a la que no ha dado trabazón de sistema férreo, científico como éste. Por ello permite al anarquismo toda libertad de concepción constructiva, y no restringe la humana, a la organización ni al mecanicismo.

Proudhon, a nuestro ver, se enlaza más directamente con el soviétismo (cúspide del sindicalismo), en el sistema de «compañías de obreros libres, confederados sobre bases anarquistas», por oposición a la organización del porvenir, según el comunismo autoritario, y al salariado y capitalismo del momento actual.

No es, fuera de la impugnación de la sociedad actual, Proudhon, el que ha fertilizado la orientación de la revolución. Ésta recibe su impulso constructivo de Marx y su escuela, que por requerir mayor estudio soslayamos ahora: tanto más, cuanto que nos proponemos examinar tan sólo los factores concurrentes, pero extraños, a la doctrina y organización propiamente revolucionaria.

Es Tcherkessoff, antes citado, uno de los que recogiendo concretamente esa doctrina proudhoniana,

traza los números del programa revolucionario, que no ha sufrido en la realidad más variación que la de una guerra y la colaboración de gobernantes imbéciles o malvados. Advierte el autor que toda reforma social refuerza el poder de la riqueza y privilegiados y aleja la revolución, y que tampoco puede esperarse el éxito de una sola revolución, por lo que hay que adiestrarse en ellas con el hábito, que además de familiarizar con la represión, saca de ella estímulos y encono para renovados intentos. Es toda una táctica que debe de ir acompañada, durante la acción tumultuaria, del apoderamiento de las oficinas, instrumentos de trabajo, inmuebles y toda riqueza social. Ya no es la huelga, paralizando la vida, acción pasiva. Es la ofensiva en todos los puntos vulnerables y en el corazón y cabeza de la sociedad. «Sólo acompañando—dice—la insurrección política de la expropiación, efectuada por obra e iniciativa del pueblo, se llegará a la revolución social...»

En Rusia, son las huelgas, el sabotaje y los atentados terroristas el pródromo del soviét; los asaltos a los puestos de policía, los alzamientos y los expropiadores, son luchas de guerrillas en que se hacen los veteranos de la revolución.

Pero además hay que dar educación revolucionaria, hay que formar el espíritu para la cruzada, hacer la idiosincrasia especial, el temperamento: «El hombre que esté de acuerdo consigo mismo—dice Mesnil (1) y sea consciente de las relaciones entre sus

(1) Le mouvement anarchiste.

»propias ideas, será en la acción pronto y firme. Los
»acontecimientos no le cogerán desprevenido; pron-
»to comprenderá lo que debe hacer. Sólo entre tales
»hombres es posible una verdadera cooperación; se
»asocian voluntariamente con plena conciencia del
»fin que quieren alcanzar; no hay subordinación al-
»guna de uno a otro, y, por consiguiente, ningún de-
»rroche de fuerza.» Invisible contacto, comunicación
imperceptible a la más sagaz defensa, idea y acción
a un tiempo, concepción, dirección y ejecución, es el
«Unico», es el egoísta stirneriano en toda su omni-
potencia y grandiosa concepción aberrativa, el anar-
quista puro, el más eficaz colaborador de toda revo-
lución. Ante todo es lamentable el afán de buscar
complicidades, es menester emprender una obra so-
cial de honda raíz que devuelva a las almas el amor,
efusión espiritual y no egoísmo a lo Stirner, obli-
gación y vocación a un tiempo, pero que prenda
primero en los que para hacer justicia han de im-
ponerse sacrificios grandes, que el amor, la resigna-
ción, como todo, tiene el mejor predicador en Fray
ejemplo.

Es anticuada la excitación de Grave a desvirtuar
instituciones, títulos de propiedad, planos catastra-
les, registro civil, expropiar parcialmente los capita-
listas, poner a disposición de las masas los objetos de
consumo, hecho por grupos aislados.

A largo o corto plazo—que no rigen en la germi-
nación de las ideas la ordenación que en la vida ve-
getal—esa propaganda surte su efecto, ya en el ex-
propiador ruso, en el espartaquismo andaluz, estudia-

do poco ha por Bernaldo de Quirós, ya en la suma o compendio que es la revolución rusa.

Podrán socialistas poco perspicaces e ignaros aceptar por útiles esos medios, realmente incompatibles con la concepción evolutiva del marxismo; la antitesis del socialismo y anarquismo no será borrada. Torpemente la expuso el anarquista Henry a poco de su criminal atentado: «me acerqué al socialismo»—dice—pero pronto me retiré de él, porque conservaba el principio de autoridad que es un antiguo «resto de la fe en una potencia superior.» «Yo era materialista y ateo»—añade más adelante—; y esto si que es toda una explicación de la consecuencia.

Efectivamente, el socialismo es una acción conjunta y disciplinada del proletariado, y la colaboración fatal, por ley histórica, de las otras clases. Para nosotros, individualistas por esencia, en quienes ni el interés ha podido asentar la colaboración (díganlos las Sociedades anónimas), el socialismo no puede vivir sino por la perduración del hábito de obedecer y en tanto continúe la escasa cultura proletaria. Despierto y libre, cultivado en la protesta contra el orden existente, el español deriva en el anarquismo. Dígallo Cataluña, donde es mayor la cultura obrera.

Para concluir este capítulo. Nada hay más revolucionario que la ostentación, sin alarma, de doctrinas adversas a la moral de un estado social: ante el estrago que esto siembra es pálida hasta la propaganda por el hecho. Y ésta no tanto debe preocupar por el hecho mismo, como por la frialdad y serenidad con

que la recibe un pueblo en el que no son estas dos cualidades muy frecuentes.

«Sachka Yegulev», de Andreiev, cualquiera que sea el intento del autor, es la epopeya del expropiador. La banda criminal semisocial de los «Hermanos del bosque» es mezcla heteróclita de instintos salvajes infantiles y apetitos criminales de la mayor perversión y degeneración, en unos descaradamente ostensibles, en otros, como en Sachka, yacentes en el fondo de su alma pura como atavismo hereditario; en todos estimulados por una idea social de negación y protesta para «remover la conciencia de los hombres y empujarlos a la rebeldía.» Y todo, todo produciendo el enorme impreciso desasosiego de la inmensa Rusia, ese «algo invisible que rodaba en las tinieblas por la tierra rusa que nadie podrá alcanzarlo ni detenerlo en su marcha. ¿Qué era? ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? ¿Era el alma del pueblo, despierta en la noche, sedienta de venganza acechando a quienes le habían robado la luz del astro del día? ¿Era Dios mismo, ardiendo en ira, por la maldad de los que gobiernan la tierra y castigando no solamente a los culpables, sino también a los inocentes? ¿Qué era? ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba?...»

No distan de la verdad esas contestaciones. Acaso Rusia es el solo país de Europa donde la justicia no podía triunfar, por moderadas que fueran sus aspiraciones, sino por medio de una revolución.

El pueblo ruso ve en ello la venganza de contenidos agravios; el intelectual la ansía con un ardor y

convicción de místico, como poseso, como ejecutan sus crímenes, creyendo que «un hombre puro puede santificar la muerte y el asesinato», según exclama Kolesnikof (1), encarnación de toda destrucción metodizada, para quien no tiene valor la réplica de la preocupada madre de Sachka, de que «los actos deben también ser puros.» «Si tienes algo personal —dice por su boca el ideal anarquista— vive al amparo de las leyes: espera tiempos mejores si estás descontento. El asesinato es una cosa horrible, lo sé por experiencia. Sólo aquellos que no tienen nada personal tienen derecho al asesinato. Sólo ellos pueden soportarle. Si no eres puro como un ángel, si tienes algo que te ate, vete, renuncia, te lo suplico.»

Exhortación que es la más clara explicación de la idealización del terrorismo ruso y de que haya contado entre sus adeptos a la juventud inexperta. El descontento, el que tenía algo personal ha gozado ya de la oportunidad que le habían de ofrecer tiempos mejores: la revolución rusa ha abierto las puertas de todas las venganzas de una clase.

Techernychevsky escribía en 1874: «El pueblo ignorante lleno de prejuicios groseros y de un odio ciego por todos los que han abandonado sus salvajes costumbres, no hará ninguna diferencia entre todos los que llevan el traje europeo. Con todos obrará de la misma manera, no hará excepción de la ciencia, de la poesía ni del arte; destruirá toda nuestra civilización.»

(1) ANDREIEV, *Sachka Yeguleu*.

Y así ha sido esta neurosis colectiva, en la que la desorientación del espíritu, sueltos los apetitos de un pueblo en su enorme mayoría incapaz de comprender la civilización occidental, ha intentado satisfacer, con venganzas crueles, injusticias ciertas, alzando como atamán, sacerdote y juez, el «yo», «el único», «el egoísta» de la concepción de Stirner.

... y así ha sido esta neurona colectiva, en la que la
 desorientación del espíritu, en las formas de un
 pueblo en su momento histórico de comprensión
 la civilización occidental, la intención aristocrática, con
 exigencias crudas, injusticias ciertas, alando como
 atañida, ascético y lúcido, el «yo», el único, el
 egoísta de la concepción de Hitler.

... de esta neurona colectiva, en la que la
 desorientación del espíritu, en las formas de un
 pueblo en su momento histórico de comprensión
 la civilización occidental, la intención aristocrática, con
 exigencias crudas, injusticias ciertas, alando como
 atañida, ascético y lúcido, el «yo», el único, el
 egoísta de la concepción de Hitler.

... de esta neurona colectiva, en la que la
 desorientación del espíritu, en las formas de un
 pueblo en su momento histórico de comprensión
 la civilización occidental, la intención aristocrática, con
 exigencias crudas, injusticias ciertas, alando como
 atañida, ascético y lúcido, el «yo», el único, el
 egoísta de la concepción de Hitler.

... de esta neurona colectiva, en la que la

UNA CONSPIRA DE ESTADO

D.^{ña} BEATRIZ GALINDO

«LA LATINA»

PER DE JUAN DE RIVERA

D. FELIX DE ILANOS Y FIGUEROA

1920

